

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

correo mortal

CLARK CARRADOS



CORREO MORTAL

SS Nº 1225

Autor: Clark Carrados

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

A la salida del pequeño bosquecillo de enebros, el automóvil se adentró en un espacio despejado, como una gran explanada, cubierta de verde césped, en cuyo centro se hallaba el edificio al que se dirigía el único ocupante del vehículo.

La distancia del bosque a la tapia que rodeaba la casa, era de unos doscientos cincuenta metros. En un radio similar, no se veía un árbol; sólo el suelo, en ligera pendiente hasta llegar a la cumbre, pero, salvo por la hierba, tan liso como la palma de la mano.

Stanley «Pop» Ogden no tenía la menor idea de los motivos por los que había sido llamado a Kepford House. Conocía de oídas a su propietario y aun había visto algunas fotografías, en las revistas de sociedad, antes de que Malcolm Kepford se retirase a aquel lugar. Sabía que Kepford era un nombre enérgico, autoritario, audaz y arriesgado en los negocios —lo que le había permitido conseguir una enorme fortuna—, pero no sabía mucho más del individuo que le había llamado.

Más que conocer detalles personales de Kepford, le interesaban los motivos de la citación. Kepford, según sus cálculos, andaba ahora por los cincuenta y cinco años y, si no se había estropeado, debía de continuar con la salud de hierro que siempre había poseído, su mente de acero y su cuerpo de robustez y agilidad que incluso habría envidiado un hombre veinte años más joven que él.

Ogden detuvo su coche frente a la puerta de metal que cerraba la alta tapia que circundaba el edificio. Puesto que no se veía ningún timbre ni otro medio de llamada, le pareció que lo más cómodo sería tocar la bocina del auto.

Pero no llegó a hacerlo. Un altavoz dijo:

—Avance hacia la puerta, señor Ogden. Deje el coche ahí, ya nos ocuparemos de él.

Ogden obedeció. La mitad de la puerta de metal, de cuatro metros de altura, se descorrió silenciosamente a un lado, dejando el espacio suficiente para que pudiera pasar.

Un hombre uniformado, de rostro pétreo y con un potente fusil en las manos, le indicó el sendero central.

—Siga recto hasta la casa; el señor Kepford le está aguardando —indicó.

—Gracias —contestó Ogden.

El jardín era encantador. Había surtidores por todas partes y abundaban las plantas exóticas. Desde la puerta hasta la casa, había más de cien metros de lujuriante vegetación. Dos piscinas, a distinto nivel, unidas por una ancha cascada, daban al lugar el aspecto de un pequeño paraíso de alguna remota isla de los Mares del Sur. En cambio, el edificio que se hallaba en el centro del parque, aunque grande, era de aspecto más bien sencillo, nada sofisticado.

Una hermosa muchacha se hallaba de pie sobre una elevada roca, en la piscina superior. Tenía el pelo ceniciento, largo hasta más abajo de la cintura, y se lo escurría, retorciéndolo con ambas manos, inclinada a un lado. En su cuerpo de diosa brillaban todavía algunas gotas de agua, como perlas adheridas a su satinada piel de suave color canela.

Los verdosos ojos de la joven le dirigieron una penetrante mirada. Ogden se quitó el sombrero con gesto lleno de cortesía. Ella sonrió imperceptiblemente. Luego se sentó sobre la roca, para tomar el sol, viva copia de una pagana estatua salida de los cinceles de Fidias.

El dueño de la mansión se hallaba a la sombra, bajo un toldo multicolor. Aunque llevaba unos lentes ahumados, Ogden lo reconoció en el acto.

—Señor Kepford, soy Stanley Ogden —dijo.

El dueño de la casa le miró de hito en hito durante un par de segundos. Al fin, indicó una silla.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Kepford batió palmas. Un criado, de rostro oriental, apareció

casi en el acto con una bandeja de refrescos.

—A su gusto, señor Ogden —dijo Kepford.

El visitante tomó un vaso alto, cuyo vidrio aparecía empañado por la frialdad de los cubos de hielo que contenía. Tomó unos sorbos y chasqueó la lengua apreciativamente.

—Un estupendo julepe de menta —elogió.

—Shong hace maravillas con los licores —dijo Kepford, indiferentemente—. Si le apetece fumar, hágalo; yo he dejado ya el tabaco.

—Gracias, señor.

Kepford hizo un gesto con la mano. Shong volvió a aparecer, ahora con un portafolios de ejecutivo, con cantoneras y cerraduras de oro puro, le pareció al visitante. La cartera quedó sobre una silla cercana. Kepford y Ogden volvieron a quedar a solas.

—Estoy seguro —dijo el dueño de la casa—, que usted se pregunta casi constantemente por qué diablos le he llamado. Bien, es hora de que lo sepa, amigo Ogden. ¿Quiere ganarse cien mil dólares?

Ogden pegó un salto en su asiento. Estaba acostumbrado a muchas cosas, pero aquello superaba todo lo oído hasta entonces.

—¿Ha dicho cien mil dólares, señor?

—Ni un centavo menos —corroboró Kepford fríamente—. Más diez mil dólares para gastos, a fin de que la suma mencionada quede íntegramente en su favor.

Ogden sonrió.

—Señor Kepford, si mi educación no me lo impidiera, le diría que por cien mil dólares, estaría dispuesto a matar a cien personas; pero si con esa suma ha creído contratar los servicios de un asesino, está muy equivocado —dijo.

—No contrato los servicios de un asesino, sino los de un mensajero especial, privado y confidencial —declaró Kepford.

* * *

Ogden se arrellenó en la butaca de mimbre, sencilla, pero cómoda, y encendió un cigarrillo.

—Explíquese, por favor —rogó.

—Dentro de esa cartera, hay cinco sobres, con otras tantas direcciones de cuatro hombres y una mujer, todos los cuales residen actualmente en distintos países de Europa. He entrado en contacto

con ellos y todos están de acuerdo en acceder a mis proposiciones, pero exigen garantías, cosa lógica, cuando se trata de una operación de veinte millones de dólares. Puede comprender, por tanto, que cien mil dólares por el trabajo de mensajero no es una suma disparatada, comparada con el total de la operación.

—Aquí hay algo que me intriga. ¿Por qué un mensajero especial, que le va a costar, en total, ciento diez mil dólares, cuando con la diezmilésima parte de ese dinero en sellos de correos podría tener hecho el trabajo?

—La explicación no ha terminado todavía, amigo Ogden —contestó Kepford—. Cada uno de esos sobres contiene un cheque por valor de cuatro millones de dólares, cheques, todos ellos, garantizados por el Commerce & Trust Bank. A cambio de esos cheques, cada persona le entregará un documento formal, por el cual renuncia a toda participación en la Hexastar Line, transfiriéndome a mí todos sus derechos, cargas y obligaciones. El documento pertinente está, además, en el interior del sobre, debidamente redactado y a falta solamente de la firma del interesado. Usted, por lo tanto, no tiene otra cosa que hacer que conseguir la firma y entregar el cheque al interesado.

—Perdón, señor Kepford; si no me equivoco, un documento de esa índole debe firmarse, por lo menos, en presencia de dos testigos.

—No se preocupe de este requisito; lo único que quiero es que se cerciore usted de que la persona que le va a firmar el documento de cesión, es la auténtica, sin que quepa en modo alguno la posibilidad de que deje un doble en su lugar, a fin de cobrar y luego reclamar su parte en la Hexastar.

—Pero si yo no conozco a esas personas...

—Cada sobre lleva, además del cheque y del contrato, unas cuantas fotografías y un pequeño *curriculum vitae* del interesado, además de un juego completo de huellas dactilares. Su labor consistirá en identificar a todos y cada uno de los dueños de Hexastar, excluyendo total y absolutamente todas las posibilidades de error, y entonces entregar el cheque.

—Ese cheque, ¿es al portador o nominal?

—Nominal y sin posibilidad de endoso a tercera persona.

—¿Qué me dice usted de una posible falsificación?

—Está descartada. Los cheques no llevan fecha; la pondrá usted

mismo, en el momento de la operación. Usted tiene cuenta corriente en el Commercial y allí conocen sobradamente su letra.

—Piensa usted en todo —sonrió Ogden.

—Cuido del éxito de la operación y no quiero fallos. Es más, le diré incluso que cabe la posibilidad de suplantación de personalidad en algún caso. Para evitarlo, lleva usted las huellas dactilares de todos los socios.

—Que yo habré de comparar con las que obtenga en la entrevista.

—Exactamente.

—Por supuesto, ésta es una operación que debe mantenerse en secreto, al menos, hasta que haya sido concluida satisfactoriamente.

—Así es —confirmó Kepford.

—Más preguntas, señor, por favor —dijo Ogden.

—Adelante, le escucho.

—La palabra Hexastar da idea de la existencia de seis socios. Usted me ha hablado sólo de cinco socios, sin embargo. ¿Dónde está el sexto?

—Sinceramente, desconozco su identidad, pero tengo a otros... empleados que le buscan. He localizado a cinco y están conformes en venderme su participación en la Hexastar por cuatro millones de dólares. Respecto al sexto, no se preocupe usted, porque no tendrá que intervenir para nada en su búsqueda.

—Bien, señor. ¿Qué plazo me da para completar la operación?

—Lo necesario. No le pido apresuramientos nocivos, pero tampoco me gustaría que entre visita y visita se dedicase a la vagancia en alguna playa de moda. Prefiero esperar dos meses y tener la seguridad del éxito, a correr el riesgo de un fracaso por un apresuramiento innecesario. Pero, claro está, no me gustaría verle volver por aquí el año que viene.

Ogden sonrió.

—Con dos meses habrá tiempo más que de sobra —aseguró—. Ahora bien, me gustaría saber por qué me ha elegido para esta misión.

—Sencillamente, porque sé que la llevará a cabo con efectividad y discreción —contestó Kepford.

—Gracias, señor. Sentiría mucho defraudarle.

—Si supiera que me iba a defraudar, no le habría llamado.

Un hombre apareció de pronto en la puerta de la casa que daba a la terraza.

—Perdón, señor, le llaman por teléfono —dijo.

—Tráigalo aquí, Gary —ordenó Kepford.

—Sí, señor.

El individuo se retiró.

—Es Gary Slaughter, mi secretario personal y hombre de toda mi confianza —dijo Kepford.

Slaughter vino con un teléfono en la mano, que enchufó a una toma de línea situada al pie de la mesa. Luego se retiró discretamente a un par de pasos de distancia y esperó, mientras Kepford hablaba por teléfono.

Ogden encendió mientras tanto un cigarrillo. Vagamente oyó a Kepford recriminar a alguien por su lentitud en ciertas pesquisas, pero no prestó demasiada atención al asunto, concentrado en reflexionar sobre la inesperada e increíble misión que acababan de confiarle.

—Está bien —concluyó Kepford bruscamente—. Le—concedo dos semanas más, Randall. Pasado ese tiempo, si no ha obtenido resultados, envíeme la minuta de sus honorarios. Contrataré otra agencia más... eficaz, eso es todo. Adiós.

Kepford volvió el teléfono a la horquilla.

—Nada más, Gary —dijo.

—Sí, señor —contestó el impasible secretario.

—Ah —exclamó Kepford—, lo había olvidado. Gary, éste es Stanley Ogden, el caballero que se va a encargar del asunto de la Hexastar.

Slaughter, alto, delgado, vestido con discreta elegancia, hizo una leve inclinación de cabeza.

—Encantado, señor Ogden.

—¿Cómo está, señor Slaughter?

El secretario se marchó. Ogden se puso en pie.

—Creo que por ahora eso es todo, ¿no?

—Sólo añadiré una cosa, amigo Ogden. Vuelva con los cinco documentos firmados y formará parte para siempre de la Organización Kepford. Soy duro y despiadado cuando es necesario, pero también sé agradecer el trabajo de mis empleados, cuando éstos actúan con lealtad y honestidad.

—Sí, señor.

Ogden agarró el maletín y el sombrero. Antes de arrancar, Kepford dijo:

—Ah, olvidaba un detalle. En el interior del maletín tiene mi número privado de teléfono, que no figura en la guía. Llame a cualquier hora cuando lo estime necesario y desde donde sea; yo o mi secretario atenderemos personalmente esa llamada.

—Lo tendré en cuenta. Adiós, señor Kepford.

—Suerte, Ogden.

El visitante se marchó. Pasó cerca de las piscinas.

La chica del cuerpo de sirena continuaba tomando el sol en la roca. Al verle, alzó ligeramente la cabeza y volvió a sonreírle.

Ogden la saludó de nuevo. Luego siguió su camino en busca de su automóvil.

Sentíase perplejo, pero también satisfecho. Iba a ganar cien mil dólares, por un viaje a Europa que, prácticamente, podía considerar de placer.

Pero, conociendo a Kepford, aun superficialmente, podía asegurar que los ciento diez mil dólares que le iba a costar su viaje no eran sino una pequeña fracción del importe total de la operación de compra de la Hexastar.

CAPÍTULO II

OGDEN empujó la puerta y atravesó el pequeño vestíbulo. Abrió una segunda puerta y, casi en el mismo instante, se oyó un agudo chillido femenino.

Los ojos de Ogden captaron la imagen de un esbelto cuerpo de mujer, que desaparecía como un torbellino. El hombre que estaba sentado en el diván, vestido con una corta bata blanca, se puso en pie malhumoradamente.

—Hombre, tú, podías haber llamado —dijo con un gruñido.

Ogden se echó a reír.

—Y tú podías haber dicho a tu enfermera que quitase ese cartel de la puerta en el que, debajo de tu nombre y profesión, pone: «ENTRE SIN LLAMAR».

Frank Maltby, doctor en Medicina, joven y bien parecido, volvió a gruñir, mientras se inclinaba para recoger unos trocitos de tela de araña de color rosado.

—Condenada miss Carven —se quejó. Se acercó a la otra puerta y tiró al otro lado las prendas femeninas—. Bien, hablemos, pero despacha rápido, Pop.

Ogden miró maliciosamente a su amigo. La mujer que se hallaba al otro cuarto podía ser una paciente, pero también podía ocurrir que no lo fuera. En todo caso, le tenía sin cuidado.

—Necesito tu aparato de rayos X —dijo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? —preguntó Maltby, con súbito interés profesional.

Ogden levantó el portafolios que llevaba en la mano.

—Quiero verle las tripas sin necesidad de abrirlo —contestó.

—Ah, comprendo. Pop, siempre te metes en líos. ¿A quién le has quitado ese maletín?

—No lo he quitado, me lo han dado. Contiene varias cartas, que he de entregar personalmente. Me pagan bien por suplir a los carteros, pero, como, comprenderás, no querría entregar una carta explosiva.

—Ya —sonrió el médico—. Bien, sígueme.

Maltby abrió la puerta del cuarto de rayos X.

—Entra, vengo enseguida —dijo.

Ogden oyó a su amigo hablar con la desconocida, joven y bella, sin duda alguna:

—Un poco de paciencia, queridita; enseguida despacharé a mi amigo.

Ogden sonrió comprensivamente. Maltby regresó, cerró la puerta y conectó el aparato de rayos X.

Tomó un taburete de asiento giratorio y lo elevó todo lo posible, colocándolo a continuación en el lugar donde debería estar el paciente. Encima del taburete puso el portafolio.

Apagó la luz. La silueta de la cartera se hizo visible a poco en la pantalla.

Ogden observaba junto a su amigo. Al cabo de unos momentos, sus ojos se habituaron a la luz verdosa que emanaba del radioscopio.

—Muy notable —dijo.

—Muchísimo —concordó el galeno—. No hay cartas explosivas: todo el maletín es una pura bomba.

* * *

Ogden regresó a su casa, lleno de aprensiones.

El examen radioscópico le había dicho muchas cosas. Además, por si fuera poco, su amigo le había dado una radiografía, obtenida con película instantánea. Si algo le tranquilizaba, era no haber captado dentro del maletín ningún reloj, lo que excluía la posibilidad de una bomba de relojería.

Lo más seguro era que los explosivos deflagrasen al levantar la tapa del maletín. Pero, se dijo, caro negocio, si con aquel maletín sólo se podía matar al primer socio de la Hexastar a quien visitara.

Era ya de noche. Antes de acostarse, reflexionó.

Se felicitaba por la buena idea que había tenido de examinar el

contenido del maletín con los rayos X. Pero no acababa de comprender por qué Kepford le había dado una bomba que estallaría a las primeras de cambio.

A menos que...

—Sí, es una posibilidad digna de tenerse en cuenta —dijo.

Pero ahora debía enfrentarse con un problema. Kepford le había dicho que su número privado estaba en el interior del maletín.

—Cualquiera lo abre —rezongó—. Lo mejor será ir a verle mañana.

De pronto, llamaron a la puerta.

Ogden se puso en pie, abrió y levantó las cejas, vivamente sorprendido por la inesperada visita.

—Usted, la «sirena» —exclamó.

Ella sonrió.

—Algunos me llaman así, en efecto —contestó—. ¿Puedo pasar?

—Está usted en su casa —sonrió él—. ¿Conoce mi nombre?

—Claro, Pop. Yo me llamo Angélica Orville. Puede llamarme Angie.

—¿Antes o después de una copa?

—A partir de ahora, Pop.

Ogden se acercó al aparador de los licores. Angélica se sentó en un detonante sillón futurista y cruzó las piernas.

—Me gusta su casa —dijo.

—Vale la pena invertir un poco de dinero en vivir confortablemente —respondió él.

—El proyecto de su decorador le habrá salido por un ojo de la cara.

—Los dos trabajamos gratis. Yo obtuve las pruebas que él quería, sobre la infidelidad de su esposa, y él me hizo el proyecto de decoración. Al ajustar cuentas, quedamos en paz.

—Un negocio redondo, para ambos, claro.

Ogden se volvió, con las copas en las manos. De pronto, vio algo que le puso los pelos de punta.

—¡No toque ese maletín!

Angélica le miró extrañada, sin quitar sus manos de una de las presillas del portafolios.

—Sólo quería ver lo que hay dentro —dijo.

—Si lo abre, volaremos en mil pedazos.

—Usted bromea, Pop.

Ogden apretó los labios. Dejó las copas sobre la misma mesita en que se hallaba el maletín y luego tomó el sobre en que su amigo había puesto la radiografía.

—Compruébelo por usted misma —gruñó, entregándole el sobre.

Luego retiró el maletín a lugar seguro. Angélica, notoriamente preocupada, extrajo la radiografía y la contempló al trasluz.

—Pop, ¿puede una señorita bien educada decir «demonios»? —exclamó, pasados unos segundos.

—Dígallo, si eso la va a aliviar. Pero todavía le sentará mejor un buen trago, Angie.

—Sí, seguiré su consejo.

Al cabo de unos momentos, Angélica se sintió mejor.

—¿Cómo supo que había una bomba dentro del maletín? —preguntó.

—Es bien sencillo, no quise ir repartiendo cartas explosivas por esos mundos de Dios. Fui a casa de un amigo, doctor en Medicina, y examinamos el maletín por rayos X.

—Pero pudo haberlo abierto...

—Con esas cosas de los explosivos es preciso andar siempre con mucho cuidado —dijo él—. Kepford me había anunciado ya el contenido del maletín, de modo que mi única curiosidad estribaba en saber si había o no alguna carta explosiva.

—Y encontró que todo el maletín es una bomba.

—Usted misma ha podido comprobarlo. Y ha estado a punto de convertirnos en picadillo.

Angélica se estremeció.

—No hable así, Pop.

—Lo siento —dijo Ogden—. Pero ¿por qué quería usted ver el interior del maletín?

—También me sentía curiosa —respondió ella.

—¡Hum! No me fío de esa contestación.

—Tómelo como quiera, pero es la pura verdad —insistió Angélica.

Ogden se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. Hablemos ahora de otra cosa, Angie.

—¿Sí, Pop?

—¿Cuál es su papel en casa de Kepford?

Angélica sonrió maliciosamente.

—¿Qué respuesta prefiere? ¿Secretaria, ama de llaves o... un objeto decorativo?

—Retiro la pregunta —dijo él con sequedad—. En su lugar, le haré otra, Angie.

—¿Cree que se la contestaré?

—Puede. Sólo tiene que decirme a qué ha venido a mi casa.

—Simplemente, a decirle una cosa: No vaya a Europa. Cancele el trato con Kepford.

Ogden contempló fijamente a su hermosa visitante. Angélica vestía con sencillez, pero la ropa era cara. El vestido, de colores suaves, con la falda cortísima, cubría un cuerpo estallante de vitalidad, a pesar de la expresión de aparente frialdad que había en el hermoso rostro de Angélica.

—Lo siento, pero, a menos que Kepford haya tratado de engañarme, cosa que dudo, tendré la ocasión de ganar cien mil dólares —dijo al cabo.

Ella se puso en pie.

—No se queje algún día de que no se lo advertí —manifestó.

—Lo tendré en cuenta, si llega la ocasión de quejarme. Ah, a propósito, Angie. ¿Puede darme el número privado de Kepford?

—¿Es que no lo sabe usted?

Ogden señaló hacia el maletín.

—Está ahí adentro —contestó.

—Oh, comprendo.

Angélica abrió su bolso, sacó una tarjeta y escribió unas cifras en el reverso.

—Ahí está —indicó.

Ogden la acompañó hasta la puerta.

—Angie, ¿puede decirme los motivos de su consejo? —solicitó.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Simplemente, quiero conservarle la vida —respondió.

Ogden se quedó solo instantes después. La sorprendente contestación de Angélica le había dejado incapaz de reaccionar.

Pero, en el fondo, comprendía que ella podía tener razón. Se trataba de un negocio de veinte millones... y alguien podía estar interesado en que no se llevase a cabo.

¿El sexto y desconocido socio de la Hexastar?

De pronto, se acordó de la tarjeta que aún tenía en la mano. Fue hacia el teléfono, lo levantó y marcó el número escrito por Angélica.

Maquinalmente, se acercó la tarjeta a la nariz. Era un perfume muy agradable.

De pronto, oyó un leve «click». Un segundo después escuchó la voz de Slaughter:

—Casa del señor Kepford.

—Soy Ogden. Tenga la bondad de anunciar al señor Kepford mi visita para las doce del mediodía de mañana.

—Está bien, se lo diré así, señor Ogden.

—Muchas gracias, señor Slaughter.

La comunicación se cortó. Pero antes del «click» producido por el teléfono que había usado Slaughter, oyó otro, como había sucedido al levantar su propio auricular.

Ahora, se dijo, ya sabía a qué atenerse.

CAPÍTULO III

POR la mañana, muy temprano, salió de la ciudad y se dirigió a Kepford House, situada a treinta kilómetros de distancia.

El coche quedó en el bosque de enebros, prudentemente fuera del camino. Provisto de un potente telescopio de cuarenta aumentos, con trípode, Ogden se acercó a la linde del bosque y eligió un buen lugar para su observatorio.

Estaba lejos del camino para no ser visto por algún ocasional viajero. Con toda tranquilidad, abrió el trípode y luego se sentó en la silla plegable que había llevado consigo.

El telescopio redujo las distancias enormemente. Ogden, sin prisas, fue recorriendo con la vista todo el panorama que tenía ante sí. El paisaje, en cierto modo, quedaba afeado por la línea de postes que sostenían el tendido eléctrico y el hilo telefónico.

—Con tanto dinero y no se le ocurrió enterrar ambas líneas — rezongó.

Pero, por lo visto, a Kepford le interesaba solamente tener el campo despejado a su alrededor. Por eso no había un solo árbol en doscientos cincuenta metros a la redonda.

La tapia era muy alta, cinco metros o más. En las esquinas y sobre el portón de metal, había unas extrañas protuberancias, como diminutas garitas de centinela. Ogden vio reflectores hábilmente disimulados por sendas cortinillas que debían alzarse mecánicamente, en el momento deseado, y también captó objetivos de cámaras de televisión.

Así, pues, la llegada de todo visitante era observada desde su salida del bosque. Y, dedujo, lo mismo debía de suceder con

cualquiera que quisiera llegar a Kepford House partiendo de otro punto distinto.

Tenaz y pacientemente, continuó la observación, moviendo el telescopio en sentido horizontal centímetro a centímetro. De pronto, detuvo el aparato en un punto determinado.

Su vista era magnífica, pero, para no cansar los ojos, alternaba la observación con cada uno de ellos. Después de haber localizado el punto sospechoso, descansó las pupilas durante unos minutos.

Volvió a mirar. Ya no le cabía la menor duda. Allí estaba la derivación de la línea. Pero ¿por qué estaba dirigida al interior del parque?

Sería cuestión de averiguarlo de un modo más concreto, se dijo, mientras recogía los bártulos. Volvió al coche, guardó todo en el maletero, que cerró prudentemente con llave, arrancó y regresó al camino.

Minutos más tarde, se detenía ante el portón de metal.

—Soy Ogden —dijo—. Deseo hablar con el señor Kepford, Él me está aguardando.

La puerta de metal se movió sesenta o setenta centímetros.

—Entre, señor Ogden —invitó el guarda.

Ogden avanzó. A su derecha, adosada a la tapia, se divisaba la caseta en donde descansaba el centinela o se refugiaba en el mal tiempo. De repente, sin más preámbulos, sacó un revólver de cañón corto y lo hundió en el estómago del individuo.

—Deje caer el fusil y levante las manos en el acto, o apretaré el gatillo —dijo con acento contundente.

* * *

Angélica estaba bañándose y salió precipitadamente de la piscina al contemplar la extraña escena. Ogden llegaba, caminando tras el guarda, que iba delante de él con las manos levantadas.

Kepford estaba en la terraza y se quitó las gafas de color.

—¡Por todos los...! Señor Ogden, ¿quiere explicarme qué diablos significa esto?

—Se lo explicaré enseguida y de un modo satisfactorio, señor —contestó el joven—. Pero antes me gustaría que este hombre...

Ogden se interrumpió bruscamente. De repente, saltó a un lado y, arrodillándose, hizo fuego con rapidez contra la mampara de vidrio que había detrás de Kepford

El millonario se tiró al suelo instantáneamente. Los cristales volaron en mil pedazos con tremendo estrepite. Segundos después, un hombre, con la cara y el pecho ensangrentados y una pistola en la mano, salió tambaleándose a la terraza.

Ogden, todavía rodilla en tierra, seguía cubriéndole con su revólver, del que sólo había consumido cuatro cartuchos. El índice de Shong se contrajo espasmódicamente y el único tiro que disparó hizo saltar en pedazos una de las baldosas del pavimento.

Un segundo después, Shong se estrellaba de cara contra el suelo. Ogden se volvió en el acto hacia el guarda.

El individuo corría desesperadamente hacia la puerta. Ogden, sorprendido, no pudo alcanzarle, aunque se lanzó en su persecución.

De pronto, el guarda alcanzó su fusil, que había dejado abandonado en un principio. Agarró el arma y se volvió, a la vez que la cargaba a toda prisa.

Por detrás de Ogden tronó un rifle. El guarda osciló violentamente adelante y atrás y terminó por derrumbarse, con la frente atravesada por el proyectil.

Ogden se volvió. A treinta pasos de distancia, Slaughter, con un rifle todavía humeante en las manos, le miraba sonriendo.

—Creo que le he librado de un apuro, señor Ogden —dijo.

El joven asintió. Regresó sobre sus pasos y llegó a la terraza.

Angélica estaba ya allí, cubierta con una bata corta. Ogden se arrodilló junto al camarero y comprobó su muerte.

—Lo siento —dijo—. Ya no podrá decirnos nada.

—Pero, maldita sea —barbotó Kepford—. ¿Querrá explicarme de una vez?

—En primer lugar, estimo que sería conveniente que la señorita Orville fuese a la habitación de Shong y la registrase minuciosamente. Tal vez encuentre algo de interés.

Angélica asintió. Slaughter entró también en la casa y salió con una manta en las manos. El cadáver de Shong quedó cubierto.

Luego, Slaughter mencionó a Kepford las complicaciones que podrían sobrevenir a causa de las dos muertes. Kepford contestó con un bufido:

—Ya lo arreglaré más tarde —dijo.

Angélica volvió minutos después, con un maletín en la mano,

idéntico al que Ogden había traído consigo.

—Ábralo, por favor —indicó el joven.

Ella obedeció. Con ojos desmesuradamente abiertos, Kepford contempló el interior del maletín.

—¿Qué significa esto? —rugió—. ¿Es que no se lo llevó usted ayer por la tarde?

Ogden puso la mano sobre el portafolios mencionado.

—Es una bomba que estallará apenas se abra —dijo.

Kepford se quedó con la boca abierta.

—Increíble —murmuró.

—Shong, y no estaba solo en esta casa, fue el autor del cambiazó. Opino que no tuvo tiempo de entregar el maletín a su auténtico destinatario, pero puede que averigüemos algo dentro de unos minutos. Vengan conmigo, por favor —rogó Ogden.

Slaughter iba delante de ellos, con una manta en las manos. El cadáver del guardia quedó igualmente oculto.

Acto seguido, Ogden entró en la caseta y la revisó minuciosamente. Poco más tarde, y en un armario de doble fondo, encontró una grabadora y una pequeña emisora de radio.

—Han estado espíandome —rugió Kepford, al adivinar la verdad.

—Sí —corroboró Ogden fríamente.

Salió de la caseta, cuyas paredes estaban casi cubiertas por hiedra. Tanteó con las manos y no tardó en hallar dos cables paralelos, hábilmente disimulados.

Siguiendo el rastro, alcanzaron un álamo de notable elevación, por encima de cuya copa pasaba la línea telefónica. Ogden tiró del hilo de la derivación, a fin de hacer oscilar el cable originario. Luego señaló otro hilo, más grueso, forrado de plástico, sujeto hábilmente al tronco y a las ramas del árbol.

—La antena de la emisora de radio —indicó.

—Entonces... escuchaban todas mis conversaciones telefónicas...

—Y las grababan y luego las retransmitían por radio.

—¿Adónde? —preguntó Kepford, todavía desconcertado.

Ogden se encogió de hombros.

—Eso es cuenta suya —respondió—. Yo me he comprometido a hacer una cosa y la haré. Usted no me paga por averiguar quién le espía, eso está claro. Pero también está no menos claro que, por lo

menos, había dos empleados entre su servidumbre que le eran infieles.

Kepford soltó una maldición en voz baja. Ogden se dirigió hacia la puerta.

—De todas formas —agregó por encima del hombro—, si, no quiere que cumpla el encargo que me encomendó ayer, todavía está a tiempo. No me enfadaré porque deshaga el trato ni le plantearé problemas al respecto.

—No, no —dijo Kepford con vehemencia, a la vez que se emparejaba a su lado—. Quiero que siga adelante, con todas las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —preguntó el joven, extrañado.

—Las que se deriven de mi triunfo, que será derrota para el sexto y desconocido socio de la Hexastar.

* * *

Angélica entró, sonriendo enigmáticamente, cruzó la sala y se sentó en el mismo sillón de la víspera.

—Parece que en los últimos tiempos ha tomado usted la costumbre de venir a visitarme —dijo el dueño de la casa, mientras llenaba dos copas.

—Me gusta la decoración —respondió ella—. Suavemente moderna y con el justo toque de estridencia para alegrar la vista, sin necesidad de ponerse gafas oscuras.

—En usted, resultarían horribles. Taparían unos ojos preciosos —alabó Ogden, a la vez que entregaba una de las copas a su encantadora visitante.

—Gracias —dijo Angélica—. ¿No ha habido más bombas en la maleta?

—Esta vez, no, ni las cartas contienen otra cosa que documentos.

—Las ha revisado con rayos X.

—Por supuesto.

—Pero un papel puede ser impregnado de alguna sustancia química, que haga explosión al contacto con el aire...

—Los sobres no estaban cerrados —sonrió Ogden.

—Pero antes ha dicho...

—Primero, los revisé por rayos X. Luego, aquí, en casita, tranquilamente, hice el resto de las comprobaciones.

—Y eso, ¿no es una grave indiscreción?

—¿Por qué? Tengo que entenderme directamente con el destinatario de cada sobre, ver que firme el contrato cesión, entregarle el cheque... Esto es algo que no puede hacerse con el sobre cerrado.

—Entiendo. Dispense, Pop.

—No hay nada que dispensar, Angie; al contrario, agradecerle su presencia en mi casa.

—Es usted muy amable, Pop. Y muy listo. A mí no me hubiera ocurrido pensar que el teléfono de Kepford estuviese intervenido.

—Capté un chasquido antes del normal al descolgar el teléfono, cuando llamé para anunciar mi visita de hoy. Eso me hizo sospechar.

—Pero, ¿cómo supo que los aparatos de escucha y transmisión estaban en la caseta del guarda?

Ogden se llevó la copa a los labios, pero no bebió.

—A las ocho de la mañana estaba en el bosquecillo de enebros, con un telescopio de notable aumento —explicó—. Ya sólo fue cuestión de paciencia encontrar la derivación.

—Entiendo. Pop, no me gustaría ser enemigo de usted.

—Nunca soy enemigo de las mujeres hermosas.

—¿Y si fuese fea?

—Si usted fuese fea, no estaría adornando el jardín le Kepford. Por lo tanto, no la habría conocido y usted no estaría aquí.

Angélica se echó a reír.

—Un razonamiento correcto. Y agradable de oír —dijo.

—Como diría Sherlock Holmes, «Elemental, querido Watson». Y ahora, dígame, ¿a qué ha venido, Angie?

Ella hizo un leve encogimiento de hombros.

—Tenía ganas de charlar, de distraerme un rato... No se envanezca demasiado, pero es usted el único con quien podía hacerlo, con medianas probabilidades de éxito.

—¿Éxito? —repitió él.

—Sí: Éxito en distraerme... y éxito en charlar con un hombre que no intentaría conquistarme desde el primer momento.

—¿No le gusta que la conquisten?

—Detesto los hombres que se creen irresistibles, apenas se enfrentan con una mujer joven y no mal parecida.

—Quizá es que no ha surgido la ocasión para que me considere

irresistible.

Hubo un momento de silencio. Ogden y Angélica se contemplaban recíprocamente, sonriendo como si ambos pensarán lo mismo.

De pronto, Ogden dio unos pasos, se acercó al sillón y se inclinó hacia delante, aunque con gesto moderado. Ella permaneció inmóvil, como si hubiese adivinado la: reacción masculina.

El contacto no llegó a efectuarse. Antes sonó el timbre de la puerta.

CAPITULO IV

OGDEN se irguió, agarró con una mano a Angélica y con la otra su bolso y la empujó hacia la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

—Desaparezca —dijo en voz baja.

Ella corrió de puntillas para no hacer ruido. Ogden vio la copa de la joven medio llena todavía, la vació de un trago y luego la arrojó rodando debajo del diván. Por fortuna, ella no había fumado, lo que le evitaba limpiar el cenicero. Cuando se repetía el timbrazo, avanzó hacia la puerta.

Abrió. Un hombre de mediana edad, de aspecto distinguido y con la sonrisa en los labios, apareció ante sus ojos.

—¿Señor Ogden?

—Sí. ¿Qué desea?

—Me llamo Thomas Rickson Albany. Desearía hablar con usted unos minutos, si no tiene inconveniente.

—Si va a ser breve...

—Lo seré —prometió el visitante,

—Muy bien, pase.

Albany cruzó la puerta. Ogden le indicó un sillón, pero el visitante se mantuvo en pie.

—No merece la pena sentarse —sonrió—. Señor Ogden, sé, positivamente, que va a hacer un viaje a Europa, muy bien pagado, todo sea dicho. Por supuesto, esta conversación será confidencial, por lo que espero que nadie tenga conocimiento de ella salvo usted y yo.

—Mis conversaciones suelen ser confidenciales —contestó el

joven—. Pero, dígame, ¿qué es lo que quiere de mí?

Albany metió la mano en su chaqueta, sacó la billetera y extrajo de su interior un cheque, que entregó al joven.

—Quiero, simplemente, ocupar su puesto en ese viaje a Europa —dijo.

Ogden se quedó parado un instante. Sonriente, Albany añadió:

—Son veinticinco mil dólares. Por supuesto, puede quedarse el dinero que le han pagado para hacer el viaje a Europa. Solamente quiero el maletín con los sobres. No se preocupe, yo me encargaré de entregarlos.

—Está usted muy bien enterado de lo que ocurre, señor Albany.

—Lo admito —contestó el visitante, sin dejar de sonreír—. ¿No quiere ganarse veinticinco mil dólares de la manera más fácil que podría imaginarse?

Hubo un momento de silencio. Luego, Ogden agarró el cheque, lo metió en el bolsillo superior de la chaqueta de su visitante y, agarrando a éste por un brazo, lo empujó hacia la puerta.

—¡Eh! Pero, ¿qué diablos...?

Ogden no hizo el menor caso de las protestas de Albany y lo sacó de la casa a empuellones.

—Lo lamentará usted —chilló Albany, pero un pie, aplicado con violencia al final de su espalda, le hizo callar de golpe.

Ogden cerró de un portazo, lleno de mal humor.

—Este asunto me revienta —dijo.

—¿Por qué lo aceptó, en tal caso?

Angélica estaba en el umbral de la puerta que comunicaba con el interior del departamento. Ogden la miró fijamente.

—Por el viaje a Europa y por los cien mil —contestó—. Pero entonces debí imaginarme que no iba a resultar una cosa fácil.

—¿Cómo lo presintió?

—Es muy sencillo. Nadie ofrece cien mil dólares por llevar unas cartas, cuando se puede ahorrar noventa y nueve mil novecientos simplemente con ponerlas en un buzón de Correos, debidamente franqueadas.

—A pesar de todo, aceptó.

Él se encogió de hombros.

—Es mi oficio —respondió.

Sacó un cigarrillo, lo encendió y se acercó a la ventana.

—Angie.

—¿Sí, Pop?

—Usted ha oído la conversación.

—En efecto.

—¿Conoce a Albany?

—No, jamás le había visto antes de ahora.

—¿Sabe si Kepford ha mencionado su nombre?

—Delante de mí, no, Pop.

Ogden aspiró una bocanada de humo.

—Ahí sale —dijo.

Angélica se acercó a la ventana. Albany cruzaba la calle en dirección a su coche, estacionado casi frente a la puerta del edificio.

Entró en el automóvil. Casi en el mismo instante, otro coche cruzó por delante a marcha moderada.

De súbito, vieron salir un chorro de llamas de la ventanilla delantera derecha del segundo vehículo. El tableteo de la ametralladora llegó de inmediato a los oídos de la pareja.

Ogden se quedó con la boca abierta. Pero todavía no había acabado la cosa.

Tras el ametrallamiento, una mano surgió por la misma ventanilla del automóvil atacante y lanzó algo al interior del coche de Albany. Luego, el conductor del coche atacante pisó el acelerador a fondo y escapó a toda velocidad.

Dos segundos más tarde, se oyó una formidable explosión. Trozos enteros de la estructura del coche de Albany volaron por los aires. Luego, brotó una llamarada. El automóvil se convirtió en una hoguera en pocos instantes.

Angélica se retiró de la ventana, terriblemente pálida.

—¡Dios mío, ha sido horrible! —calificó, sintiendo que las piernas le temblaban.

Ogden asintió sombríamente.

—Así, como suena, éste es un asunto que quema —dijo.

Ya se escuchaba a lo lejos el aullido de una sirena policíaca. Ogden llenó dos copas por segunda vez.

—Esto la confortará, Angie —dijo.

Ella tomó un par de sorbos.

—Pop, ¿quién lo ha hecho? —preguntó.

—Angie, lo mejor sería preguntarle por qué lo han hecho, pues si

de algo estoy seguro es de que quienes han asesinado a Albany no eran sino unos simples esbirros, a las órdenes, probablemente, de algún enemigo de Kepford.

—¿Cómo lo sabe usted? —se asombró ella.

—Es bien sencillo. Cuando hablé con Kepford por primera vez, nadie podía escuchar nuestra conversación. Por tanto, Albany no era sino un enviado suyo, con la única misión de tentarme.

—Oh, comprendo.

—Y alguien creyó otra cosa o, simplemente, lo asesinaron como advertencia. Tal vez como represalia por las muertes de Shong y del guarda..., pero, en todo caso, estoy seguro de que Albany era empleado de Kepford.

—¿Le dirá usted lo que ha ocurrido?

—No, ¿para qué? Y usted tampoco mencionará nada.

—¿Qué le hace sospechar que callaré?

Ogden sonrió a la vez que se llevaba la copa a los labios.

—Le conviene callar —respondió—. ¿O le va a decir a Kepford que ha presenciado el asesinato de Albany desde la ventana de mi casa?

Ella bebió el contenido de su copa y se puso en pie.

—No se vaya aún —aconsejó Ogden.

—¿Por qué? —preguntó Angélica.

—Hay mucha gente en la calle. No me extrañaría en absoluto que el que decretó la muerte de Albany tuviera espías ahí abajo. Por tanto, no conviene que la vean.

Angélica suspiró

—Sí, tiene razón —admitió.

—Por cierto, usted que parece enterada de algunos aspectos de la vida de Kepford...

—Los objetos de adorno no ven ni oyen —atajó la joven intencionadamente.

—Usted es algo más que eso —sonrió Ogden—. ¿Qué sabe de la Hexastar?

—Lo mismo que usted, Pop.

Ogden escrutó el rostro de Angélica. Ella parecía sincera en su respuesta, pero...

De todas fondas, tenía el pasaje para dos días más tarde. Aún tenía tiempo de averiguar qué representaba la Hexastar, para que

un hombre quisiera gastarse más de veinte millones de dólares en conseguir su control.

* * *

El avión dio una vuelta y perdió altura. Momentos después, las ruedas del tren chillaban en su primera toma de contacto con el cemento de la pista.

Momentos después, se abrían las portezuelas del «Jumbo». Ogden, con el maletín en la mano, se mezcló con los demás pasajeros que habían volado a Bruselas. Los trámites aduaneros no resultaron demasiado largos ni engorrosos.

A la salida, alquiló un taxi.

—Lléveme al Central —ordenó.

—Sí, señor.

El hotel Central era un edificio de estilo antiguo. La fachada no correspondía con el grato ambiente del interior. Ogden lo había elegido por dos razones: una, estaba en la plaza de la Bolsa, en lo más céntrico de la capital belga; otra, según sus indicaciones, el primer socio de la Hexastar con quien debía entrevistarse residía en aquel hotel.

Se inscribió en recepción. Un botones le llevó el equipaje hasta su habitación, situada en el segundo piso, frente a la plaza. El maletín quedó sobre una silla.

Se aseó un poco y se cambió de ropa. Consultó su reloj; eran las seis de la tarde. Tenía algo de hambre y pidió un té con pastas, que le fue inmediatamente servido.

Después, abrió el maletín y sacó el sobre correspondiente a Raymond Farmand. Las fotografías le mostraron a un sujeto de mediana estatura, grueso, con aspecto de *bon vivant*.

«Tiene la presión alta», dedujo.

Pero sabría reconocerlo al primer vistazo. Y antes de tomar contacto con él, trataría de estudiarlo un poco. Recogió todos los papeles, guardó el sobre y cerró el maletín con doble vuelta de llave. Luego sacó del bolsillo un pequeño audífono, que se colocó en la oreja derecha. Para cualquier observador, habría pasado por un individuo duro de oído.

Bajó al vestíbulo y se sentó en un sillón, con aire indiferente. Su costado derecho estaba orientado hacia el mostrador de recepción.

El audífono permanecía inactivo por el momento. Aún no había

el menor rastro de Farmand.

Una hora más tarde, llegó el individuo a quien buscaba. Ogden tocó suavemente el interruptor del audífono. Los sonidos que se producían en el mostrador llegaron distintamente a sus tímpanos. Aquel aparatito era, en realidad, un fonocaptor de gran precisión y de unos cien metros de alcance. Bien orientado, podía recoger incluso el vuelo de una mosca a cincuenta pasos.

—La llave de la doscientos doce —pidió el huésped.

—Al momento, señor Farmand —contestó el encargado de recepción.

Ogden desconectó el fonocaptor. Ya tenía suficiente.

Ahora conocía el número de la habitación en que se alojaba Farmand, sin necesidad de hacer preguntas indiscretas.

CAPÍTULO V

UN cuarto de hora más tarde, se puso en pie. Entonces, una elegante dama, con un cigarrillo en la mano, se le acercó, sonriéndole amablemente.

—¿Fuego, por favor?

—Al momento, señora.

Ogden acercó al cigarrillo la llama de su encendedor. Ella aspiró el humo y luego le dirigió una nueva sonrisa.

—¿Americano? —dijo.

—En efecto. ¿Cómo lo ha sabido, señora?

Ella rio suavemente.

—Habla muy bien el francés, pero no puede desprenderse del acento. ¿Nebraska?

—Kentucky, señora...

—Isabelle Dubois.

—Stanley Ogden —se presentó él.

—Celebro haberle conocido, señor Ogden. ¿Turista?

—En cierto modo.

Isabelle sonrió una vez más.

—En Bruselas hay muchos monumentos dignos de verse, pero, después de un día de recorrer la historia antigua, conviene estudiar la moderna —dijo.

—¿En dónde, si se puede saber?

—Le Lion d'Acier es un lugar estupendo. Está al final de la Chaussée de Wavre.

Ogden sonrió. Aquella hermosa y distinguida dama no era sino un «gancho» para atraer clientes al local mencionado. Pero, en todo

caso, un «gancho» sumamente atractivo.

—Tal vez vaya al Lion d'Acier —dijo—. Será un placer verla allí, señora Dubois.

—Unos me llaman Isa. Otros, Belle. Detesto los tratamientos, a menos que sean dirigidos a personas provectas.

Ogden se echó a reír.

—La veré esta noche —prometió.

Isabelle se alejó con paso ligero, gracioso, envuelta en un aura de sensual perfume. Ogden la contempló todavía irnos instantes y luego, sin apresuramientos, inició la ascensión al segundo piso.

Deliberadamente, utilizó la escalera. Estaba a la altura del primer piso, cuando se cruzó con un fornido sujeto, que bajaba con notable apresuramiento. El individuo tenía la mano derecha en la boca. A Ogden le recordó el gesto que a veces había hecho cuando se cortaba ligeramente; el hecho de chuparse la herida, en un caso así, salía instintivamente.

Pero no hizo más caso del individuo. Llegó al segundo piso y buscó la habitación 212. La suya se hallaba en el extremo opuesto, era la 238.

Su primera intención fue llamar a la puerta, pero se contuvo. No quería hacer ruido. Farmand, se dijo, sabría dispensarle.

Abrió. Farmand estaba sentado en un sillón, junto a la ventana, cuyas cortinas se hallaban corridas. El pie derecho del sujeto se agitaba de un modo singular.

Ogden frunció el ceño. De pronto, se dio cuenta de que había un poco de sangre en la boca de Farmand.

Cerró la puerta y se acercó al individuo, viendo que sus ropas estaban un tanto revueltas. De pronto, divisó un pequeño agujerito en la pechera de la camisa.

La sangre que había brotado del orificio era escasa. Pero a Ogden no le cabía la menor duda de que aquel pinchazo, realizado probablemente con un punzón, había interesado el corazón de la víctima.

No obstante, Farmand alentaba todavía. Tenía los ojos vueltos hacia arriba y su pie derecho continuaba golpeando el suelo convulsivamente.

—Farmand —llamó Ogden.

Pero el moribundo no contestó. Ogden comprendió que su mente

había entrado ya en las sombras eternas. Aquellos movimientos eran simples espasmos de la agonía.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, consternado y desconcertado por aquel inesperado crimen. Luego, al reaccionar, se dijo que, bien mirado, no podía esperar facilidades en el cumplimiento de su misión.

Fijó la vista en la boca de Farmand. Las manchas de sangre estaban en la comisura del lado izquierdo. Pero aquella sangre no había brotado del interior de su cuerpo. Era sangre de otra persona..., la de alguien que había tapado la boca a su víctima, para impedirle gritar, mientras le asestaba el pinchazo fatal.

El asesino era zurdo, ya que resultaba fácil deducir que había empleado la mano derecha para tapar la boca a Farmand, viendo las manchas de sangre. De pronto, Ogden recordó al individuo con quien se había cruzado al subir al segundo piso.

—Bajaba chupándose la mano derecha —murmuró.

En un instante comprendió que el asesino se le había escapado por segundos. No obstante, recordaba que era un hombre joven, muy fornido y de cabellos rubios, muy espeso y nada largos, en contra de la moda imperante.

Si Isabelle no le hubiese entretenido...

Súbitamente, creyó comprender. La acción de Isabelle no había tenido nada de casual. Simplemente, le había distraído para que el asesino pudiera realizar su fatídica misión sin impedimentos.

Allí ya no tenía nada que hacer, se dijo. Ni siquiera le convenía hurgar en el equipaje y objetos personales de Farmand, cuyos movimientos habían cesado ya. Su único interés estribaba en conseguir la firma de Farmand, y ello era algo que ya no se podría hacer.

Volvió junto a la puerta y limpió el pomo con un pañuelo. Abrió ligeramente, vio el pasillo desierto y salió, repitiendo la limpieza con el pomo exterior. Luego, con paso natural, regresó a su habitación.

El descubrimiento del cadáver en la habitación 212 quedaba para el personal del hotel. Nadie tenía que saber que había ido a entrevistarse con Farmand. Isabelle y su cómplice sí lo sabían, pero, naturalmente, no se lo iban a decir a la policía belga.

Entró en Le Lion d'Acier y el *maître* le condujo a una mesa. Pidió champaña y se entretuvo con los malabarismos que un sujeto hacía en el escenario. Tomó un par de sorbos de champaña y encendió un cigarrillo.

Isabelle salió poco después.

El escenario había quedado totalmente a oscuras, salvo el resplandor de un foco, que cayó de lleno sobre el cuerpo de la artista. Isabelle no parecía llevar encima una sola prenda de ropa.

Un examen más atento le hizo ver que, en realidad, la joven llevaba una malla entera, desde el cuello a los pies, cuyo color se confundía enteramente con el de su piel. Pero tanto o más atractivo que su escultura, había en su voz, cálida e insinuante, rebosante de sensualidad. Isabelle «era» la canción que, en sí, apenas valía. Ella, sin embargo, la transformaba totalmente.

Una prolongada salva de aplausos despidió a la cantante. Entonces, Ogden hizo una señal con la mano.

El camarero acudió y sonrió comprensivamente, sobre todo al notar en su mano el agradable contacto de unos cuantos billetes yanquis. Murmuró algo al oído de Ogden y luego se retiró.

Minutos después, Ogden llamaba a la puerta de un camerino.

—Entre —dijo Isabelle.

Ogden abrió. Isabelle le miró por encima del biombo.

—Mi nombre está en la puerta del camerino, pero llegar hasta él no es fácil —dijo.

—El dólar se ha devaluado hace pocos días, aunque todavía tiene su importancia, cuando se emplea en dosis generosas —sonrió él.

Isabelle lanzó una alegre carcajada.

—Respuesta merecida —dijo—. ¿Le he gustado, Pop?

—En todos los sentidos, Belle.

—No sabe cuánto me alegro de oír la buena opinión de un experto.

—Todos, en la sala, hemos expresado nuestra opinión acerca de su arte.

—Pero la suya me interesa más, Pop.

Belle abandonó el biombo, envuelta en una bata cortísima, que dejaba ver unas piernas de perfectos contornos. Sentóse ante el espejo del tocador y empezó a retocarse el maquillaje.

—Me invitará a una copa en alguna parte, supongo —dijo.

—Sí, y de este modo hablaremos de su amigo.

Isabelle alzó las cejas.

—¿Qué amigo, Pop?

—El mismo que le dije mi apodo, cosa que yo no le mencioné a usted en el vestíbulo del hotel. El mismo que tenía una pequeña herida en la mano derecha, probablemente en el borde y junto al meñique.

* * *

Un profundo silencio gravitó repentinamente en el camerino. Isabelle, con el tubo de carmín junto a los labios, permanecía inmóvil como una estatua.

—Se arañó al salir...

—Le mordieron en la mano.

—¿Cómo lo sabes?

—El cadáver tenía sangre en la boca. Tu amigo se la tapó con la mano derecha, para que no gritase, mientras lo apuñalaba. Es zurdo, ¿verdad?

Isabelle asintió maquinalmente. Ogden, apoyado en la puerta del camerino, encendió un cigarrillo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Gastón Vrijkies —respondió ella con voz opaca. De pronto, exclamó—: Pero yo no tenía noticias de que fuese a cometer un asesinato, te lo juro.

—Me gustaría creerte.

Isabelle se levantó de un salto.

—Es la verdad —insistió—. Gastón me dijo que sólo debía entretenerme para que él pudiera hablar antes con... Bueno, no me dijo el nombre; sólo mencionó una operación comercial, en la que quería anticiparse a ti.

—Gastón lo mató, no cabe la menor duda.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba aún vivo cuando yo llegué, pero había perdido el conocimiento. Tú saliste del hotel antes que Gastón, pero yo me crucé con él en el rellano del primer piso.

—¿Le viste la mano herida?

—Bajaba chupándose la sangre como, alguna vez, habrás tú hecho instintivamente al causarte un pequeño rasguño, ¿no es así?

Isabelle asintió.

—Y el muerto tenía sangre en el lado izquierdo de la boca —añadió Ogden.

—¿Eres detective? —preguntó ella.

—En cierto modo. Pero lo sea o no, procuro siempre retener en la memoria todos los detalles que surgen ante mi vista.

—Creo que comprendo..., pero te ruego confíes en mi inocencia...

—Tendrás que demostrármelo, Belle.

—¿Cómo? —preguntó la cantante.

—Indicándome el domicilio de Gastón Vrijkies.

Isabelle asintió.

—Voy a ser sincera contigo —prometió—. Te acompañaré a su casa. Pero dime, ¿lo sabe ya la policía?

—No puedo contestarte. Yo no la he avisado, desde luego.

—Voy a vestirme —anunció la cantante.

Y pasó al otro lado del biombo. Ogden encendió el segundo cigarrillo.

—Belle, ¿cómo has podido enredarte con un tipo como Gastón? —preguntó.

—Es cliente habitual del local. Nos conocemos bastante. Hoy me dijo que necesitaba un favor de mí y me lo explicó. No vi nada malo en ello y accedí.

—¿Te dio dinero?

—¿Por quién me has tomado? Gastón es un hombre muy atractivo y simpático. Hemos salido juntos algunas veces y...

—Es un asesino, quizá profesional. Por lo menos, esta vez lo ha hecho por dinero.

—¿Cómo puedes asegurar tal cosa? —se asombró ella.

—Tengo experiencia. Por eso mismo creo que no encontraremos a Gastón en su casa.

Ogden acertó.

O Isabelle le había mentado, llevándole a una casa en que sabía no habría nadie después de medianoche.

Pero esta posibilidad no le parecía admisible. Creía mejor que Gastón se había escondido en alguna parte después de matar a Farmand.

—Te voy a dar un consejo —dijo, al despedirse de la cantante.

—Sí, Pop —aceptó Isabelle mansamente.

—Gastón sabe que tú me entretuviste. Pero también sabe que mañana leerás los periódicos y es probable, según su modo de pensar, que empieces a hacer deducciones y adivines la verdad. Por tanto, si se siente en peligro, te buscará para matarte.

CAPÍTULO VI

EL teléfono sonó relativamente pronto, arrancando a Ogden del profundo sueño en que se había sumido. Alargó la mano y dijo su nombre con voz soñolienta.

—Soy Isabelle. Tengo noticias para ti —dijo la cantante.

—¿Buenas?

—Mejor será que te vistas. Pasaré a recogerte con mi coche dentro de treinta minutos.

—¿Noticias sobre Gastón?

—Sí —confirmó Isabelle escuetamente.

Y colgó.

Ogden no perdió el tiempo. Saltó de la cama y corrió al baño.

Isabelle fue puntual. Conducía un coche pequeño, pero con motor de gran potencia, que ni siquiera detuvo para recoger al joven.

—Me olvidé anoche de algo importante —confesó ella, mientras guiaba a través del intenso tránsito del bulevar Lemonnier.

—Está bien, adelante.

—Gastón tiene una granja un poco más allá de Ninove. Bien, realmente no es una granja, aunque lo fue en el pasado.

—Ahora es una residencia campestre.

—Sí, pero la tiene bastante abandonada. Me invitó en cierta ocasión a un fin de semana. Sólo pasé allí una noche. Sola —puntualizó Isabelle intencionadamente.

—¿Te disgustaba Gastón?

—Vi que fanfarroneaba respecto a su granja. Luego me dijo que acababa de heredarla y que no había tenido aún tiempo de reparar

los desperfectos. Se disculpó conmigo, me pidió perdón y reanudamos la amistad, aunque desde entonces no ha habido nada entre nosotros.

—¿A qué se dedicaba Gastón?

Isabelle se encogió de hombros.

—Negocios —respondió—. Al menos, eso es lo que él decía. Y como no pensaba casarme con él, ¿para qué entrar en más detalles?

—Buena filosofía —aprobó él.

Por la Chaussée de Ninove salieron a la carretera regional número 9. El trazado llano y el excelente firme favorecieron la rapidez en el avance.

Ninove fue alcanzado en pocos minutos, debido a su corta distancia a la capital belga. Después de atravesarlo, siguieron por la misma carretera hasta un desvío situado a cinco kilómetros.

Isabelle tomó rumbo sur a partir de aquel momento. Las edificaciones se espaciaban considerablemente.

Aún tomó una nueva desviación, en este caso un antiguo camino carretero, por el que sólo cabía un vehículo a la vez. Remontaron una loma que no se alzaba a más de veinte metros sobre la llanura y, al descender, Isabelle señaló una larga hilera de álamos, al otro lado de la cual se veían algunos edificios.

—Ahí está la granja de Gastón —señaló.

Ogden dejó que la cantante avanzara todavía un par de cientos de metros. Entonces dijo:

—Para.

Isabelle cortó el gas, Ogden se apeó junto a los chopos.

Los edificios de la granja se hallaban a cincuenta o sesenta metros. Había una casa vivienda, un corral y un granero en pésimas condiciones.

Isabelle se le reunió.

—No hay nadie, no sale humo de la chimenea —dijo.

Ogden señaló unos cables que llegaban de lo lejos.

—Tiene luz eléctrica y eso no hace humo —alegó, a la vez que sacaba su revólver y comprobaba la carga.

Isabelle vio el arma y se puso pálida.

Ogden avanzó corriendo hacia el granero. Llegó a la pared y se pegó a ella.

Luego, paso a paso, se acercó a la casa. De pronto, oyó ruido de

cacharros rotos.

Alguien había tirado un plato o una taza al suelo. Ogden miró a través de una ventana de polvorientos cristales, pero no vio a nadie dentro de la casa.

Con grandes precauciones, dio la vuelta a la esquina y se acercó a la puerta.

—¡Gastón! Salga con las manos en alto —gritó.

Dentro de la casa sonaron unos pasos. Ogden levantó el revólver, prudentemente amartillado.

La puerta se abrió, con gran rechinar de bisagras oxidadas. Un hombre apareció en el umbral y volvió la cabeza para mirar al joven.

Ogden mantenía el revólver levantado. A veinte pasos de distancia, Isabelle contemplaba la escena con el corazón en suspenso.

De pronto, Ogden reparó en que Vrijkies tenía la mano izquierda en el pecho. Hilos rojos manchaban sus dedos.

Antes de que pudiera hacer algo, Vrijkies giró en redondo y cayó de espaldas hacia atrás. Sus pies quedaron sobre los escalones que conducían a la pequeña veranda que había ante la casa, a la vez que su cabeza golpeaba el suelo con sordo ruido.

Isabelle lo vio y lanzó un estridente alarido.

Ogden reaccionó enseguida, pasados los primeros momentos de sorpresa, y corrió hacia el caído. Un segundo después, se incorporaba con el rostro cubierto de sombras.

Volvióse hacia la cantante. Isabelle tenía la cara blanca como la nieve.

—¿Está...?

Ogden asintió en silencio. Sí, Vrijkies había muerto y ése, pensó, era el pago recibido por matar a Farmand.

De pronto, entró en la casa. Vio el suelo lleno de polvo y se detuvo en el acto.

[Había huellas de pisadas, pertenecientes a dos hombres. Unas eran de gran tamaño, seguramente correspondientes a Vrijkies. Las otras pertenecían a un hombre de baja estatura.

Pero también podía ocurrir que una mujer se hubiese puesto zapatos masculinos. O quizá de tacón bajo.

Salió de la casa.

—Ya no hay duda —dijo—. Gastón debió de citarse aquí con el hombre que le encargó asesinar a Farmand, para recibir el importe de su crimen, pero lo que recibió fue un balazo en medio del pecho.

—No nos hemos tropezado con ningún coche, al menos, desde Ninove —dijo Isabelle.

—El asesino ha tenido tiempo sobrado de escapar —opinó Ogden—. Creo que dejó a Vrijkies por muerto; la herida no fue inmediatamente mortal e, incluso, ha podido vivir quizá una hora. Pero ni aunque lo hubiesen atendido apenas recibido el balazo, habría podido sobrevivir.

Isabelle hizo un gesto de aquiescencia.

—¿Qué haremos ahora, Pop? —preguntó.

—Regresar a Bruselas.

—¿Avisarás a la policía?

—No quiero compromisos. Y a ti tampoco te convienen, me parece.

—En lo sucesivo, tendré más cuidado en elegir mis amistades —dijo ella.

—Siempre es conveniente —sonrió Ogden.

Volvieron al coche. Isabelle dio la vuelta y arrancó en dirección a Bruselas.

—No sé qué decirte, Pop...

—No tienes nada que decir. Has hecho lo que estaba en tu mano, eso es todo.

—Pero siento que... ¿Por qué mataron a Farmand?

—Es un asunto de negocios en el que hay implicados más de veinte millones de dólares. Por ahora no te puedo decir más, Belle.

—Veinte millón... ¡Eso son más de mil millones de francos belgas! —se asombró la cantante.

—Nena, desengáñate; en este mundo hay cantidad de tipos que matarían a cualquiera por la mitad de la cienmilésima parte de esa suma —dijo Ogden sentenciosamente.

Isabelle le dejó en la puerta del hotel.

—¿Volveré a verte? —preguntó ansiosamente.

—Lo sabrás esta noche, en Le Lion d'Acier —sonrió Ogden.

Entró en el hotel. Al pasar por delante de recepción, vio ante el mostrador a una persona conocida.

Su primer impulso fue dirigirse hacia Angélica, pero se lo pensó

mejor y decidió llamarla por el teléfono interior. Era más discreto que hablarla en público.

Subió a su habitación. Fue al teléfono y lo descolgó.

—Recepción...

—Soy el señor Ogden. Por favor, tenga la amabilidad de ponerme en comunicación con la señorita Orville.

—Lo siento, señor Ogden; la señorita Orville acaba de salir en dirección al aeropuerto.

Lentamente, Ogden volvió el teléfono a la horquilla.

—Es curioso, estábamos alojados en el mismo hotel y no nos hemos visto —murmuró.

De pronto, recordó la indumentaria que vestía la joven: un abrigo de tejido muy sencillo tres cuartos y pantalones. Llevaba zapatos altos, estaba seguro de ello, pero ¿no se había puesto uno de tacones bajos para asesinar a Vrijkies?

Se encogió de hombros. Angélica estaba en Europa para vigilarle.

Buscó una hoja de papel, tomó una pluma y escribió:

«Señor Kepford, le devuelvo los documentos correspondientes a Raymond Farmand, a quien vi demasiado tarde. Ya había muerto, asesinado, para más detalles. Lo siento.

»Sinceramente suyo...»

Firmó, puso la carta y todos los documentos referentes a Farmand en un sobre y lo cerró. En el hotel se encargarían de echarlo al correo.

Acto seguido, consultó el nombre del siguiente en la lista.

James Carndale, Carndale Cottage, Londres.

«Espero encontrarle aún con vida», se dijo, mientras levantaba el teléfono.

—Un pasaje para Londres, mañana, en un avión que no salga demasiado temprano —encargó.

—Las once de la mañana, ¿serán buenas para el señor? —preguntó el recepcionista.

—Estupendo —aprobo Ogden.

Aquella misma noche volvió a llamar a la puerta del camerino de Isabelle.

—Todavía no me he ido —dijo.

Ella le dirigió una ardiente mirada por encima del biombo.

—Este no es buen sitio para tomar una copa —contestó.

—Dime tú uno bueno —pidió él.

—¿Mi casa?

—No podríamos encontrar otro sitio mejor —aprobó él, con la sonrisa en los labios—. Ah, te advierto una cosa, Belle.

—¿Sí, Pop?

—Tengo de tiempo hasta las diez de la mañana. Mi avión sale a las once.

—Es una magnífica noticia —contestó la artista.

CAPÍTULO VII

DESDE su ventana podía ver las copas de los árboles de Hyde Park. Ogden tenía en la mano un plano y un mapa de Londres y alrededores, que ahora necesitaría, ya que tenía decidido alquilar un automóvil para mayor facilidad en sus desplazamientos.

El teléfono sonó de pronto. Ogden abandonó la ventana y se acercó al aparato.

—Su comunicación, señor —dijo alguien en recepción.

—Gracias —contestó Ogden.

Sonaron un par de chasquidos más. Luego una voz arisca:

—Soy Carndale.

—Ogden, señor. Le agradeceré me indique la hora más conveniente para entrevistarme con usted.

—¿Ogden? No he oído nunca ese nombre. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Me envía el señor Kepford. Pero no puedo darle más detalles por teléfono, señor. Por favor, ¿a qué hora...?

—¡A ninguna! —tronó Carndale—. No quiero nada con ese pirata de Kepford ni con ninguno de sus esbirros.

Ogden se quedó parado un instante ante la virulencia de la respuesta. Luego, reaccionando, dijo:

—Señor, ¿conoce la noticia de la muerte de Farmand, en Bruselas?

—Sé lo que trata de decirme usted, señor Ogden. Pues bien, escúcheme a mí ahora. Si alguien viene con intenciones agresivas, se llevará una sorpresa muy poco agradable. ¿Me ha entendido? Y ahora, basta, no quiero perder el tiempo con un sicario de ese

bandido que se llama Kepford.

La comunicación se cortó bruscamente. Ogden contempló el teléfono un instante.

Una sonrisa se dibujó en sus labios a poco. Carndale debía de ser un viejo de armas tomar.

Pero ya encontraría el medio de hablar con él. Carndale gritaba mucho; sería digno de ver si se mostraba tan hosco cuando le enseñase el cheque de cuatro millones de dólares.

—Millón y medio de libras esterlinas no son una fruslería precisamente —masculló.

De repente, se le ocurrió una idea.

«Haré la prueba», se dijo.

Y llamó a recepción.

—Por favor, ¿la señorita Angélica Orville?

—Ha salido hace unos momentos, señor. ¿Quiere que le deje algún recado?

—Muchas gracias, ya la veré cuando regrese.

Ogden fue al baño y se cambió de ropa. Luego descendió al vestíbulo, compró un diario y un par de revistas en el quiosco, eligió un sillón adecuado y se sentó.

Transcurrió una hora larga.

Un hombre entró de pronto en el hotel. Ogden alzó las cejas, vivamente sorprendido.

«¿Qué diablos hace ese tipo en Londres?», se preguntó.

Gary Slaughter recogió su llave y se dirigió hacia el ascensor del hotel. Ogden se parapetó tras la revista. Slaughter pasó por delante de él, a cinco o seis pasos, sin apercibirse de su presencia.

Angélica hubiera obrado igual una hora más tarde, de no haber percibido la voz del joven que pronunciaba su nombre en diminutivo:

—Angie.

Ella se detuvo en el acto. Ogden la miró por encima de la respuesta.

—Usted —dijo.

—El hijo de mi mamaíta, feliz y satisfecho de verla de nuevo. ¿Vamos al bar a tomar una copa juntos?

* * *

Estaban sentados en un rincón discreto, frente a frente. Angélica

parecía sumamente preocupada.

—He intentado hablar con Carndale y no lo he conseguido —dijo.

—No me extraña —contestó él—. A mí me ha pasado algo parecido. ¿De qué la ha tratado?

—¿Cómo?

—A mí me llamó esbirro, sicario...

Angélica hizo un gesto negativo.

—No puedo decir si me insultó —repuso—. Quien me dijo que Carndale no quería ni verme, aunque con buenas palabras, fue su mayordomo.

—¿Le mencionó usted a Kepford?

—Por supuesto, pero Carndale insistió en su negativa. Al menos, eso fue lo que me dijo el mayordomo.

—Angie, temo que habremos de intentar ver a Carndale por todos los medios.

—¿Hoy?

Ogden consultó su reloj.

—Es un poco tarde —manifestó—. Pero le he advertido a Carndale de la muerte de Farmand y me ha dicho que él es hombre que sabe defenderse por sí solo.

—Pop, ¿quién mató a Farmand?

—Gastón Vrijkies, pero éste fue asesinado a su vez, para que no hablase.

Angélica puso cara de desconcierto.

—¿Quién es Vrijkies? —preguntó.

—Un asesino, calculo que profesional, belga flamenco, a juzgar por su apellido —respondió él.

—Es... asombroso. Pop, ¿qué opina usted de todo esto? —quiso saber la joven.

Ogden sonrió.

—Antes me gustaría saber qué hace en Londres —dijo.

—¿Le interesa?

—Mucho. Estoy verdaderamente sorprendido de su presencia aquí, aunque no es la única.

—¿Cómo?

—Simplemente, no acabo de entender por qué Kepford se gasta cien mil dólares en enviarme a repartir cinco cartas y luego la envía

a usted por un lado y a Slaughter por otro.

Angélica saltó en la silla.

—Pop, no me diga que Slaughter está aquí —exclamó.

—Se lo digo, se lo digo —contestó él con sorna.

—Pero no hace ni tres horas hablé yo con él por teléfono... y sigue allí...

—Será alguien que se hizo pasar por Slaughter, Angie. La voz, en un diálogo a través de miles de kilómetros, sufre distorsiones tonales.

—Era la voz de Slaughter —insistió Angélica.

—El hombre que he visto hace poco más de una hora, junto a la recepción, no era el fantasma de Slaughter, sino él mismo, de carne y hueso.

—No lo comprendo, Pop, le juro que no lo comprendo —dijo ella, sumamente desconcertada.

—Tampoco yo entiendo por qué está aquí y no adornando el jardín de Kepford House.

Angélica le miró oblicuamente.

—Se sorprendería usted muchísimo si conociera la verdad —dijo.

Ogden se puso en pie.

—La sabré algún día —contestó—. En medio de todo, Kepford me asignó una misión y eso es lo que más me importa de todo.

Ella pareció sentirse decepcionada.

—Creí que me acosaría a preguntas. Duro, implacable, agresivo...

—Lo siento —rio él, mientras dejaba una libra sobre la mesita—. Yo tengo mi trabajo y eso, repito, es lo que me interesa. Buenas noches, Angie.

—Buenas noches, Pop —contestó la joven distraídamente.

Ogden subió a su cuarto y encargó una llamada intercontinental. A las diez de la noche, sonó el teléfono.

—Casa del señor Kepford —dijo la voz que se emitía a miles de kilómetros de distancia.

—¿Slaughter? Soy Ogden. Quiero hablar con el señor Kepford. Es urgente —manifestó el joven.

—Un momento, señor; voy a llamarlo.

Transcurrieron algunos segundos. Ogden escuchó a poco la voz

del propio Kepford.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Hay complicaciones?

—Alguna, señor, pero... dígame, ¿está Slaughter con usted?

—Claro que está, hombre. ¿Dónde pretendía que estuviese? ¿Por qué me lo pregunta?

—Nada, señor, no me haga caso; quizá he sufrido una alucinación —dijo Ogden, lleno de perplejidad.

* * *

Salió de Londres por la ruta número 1, tomó luego la autopista 33 y, en el empalme de Watford, tomó la carretera secundaria 41. Al llegar a Berkhamsted, derivó hacia el sur. Chesham estaba a nueve kilómetros, pero a la mitad de camino se metió por el que conducía a Carndale Cottage.

Era una carretera muy estrecha, bordeada de árboles que formaban como una bóveda vegetal a veinte metros de altura. Minutos más tarde, se encontró con una tapia, cuya verja de entrada estaba abierta de par en par.

A pocos pasos de distancia, había un coche detenido.

Angélica estaba agachada junto al vehículo, una de cuyas ruedas aparecía deshinchada.

Un tiro sonó de repente. La bala rayó el guardabarros izquierdo delantero del coche que conducía Ogden y se alejó con agudo chillido.

Ogden abrió la portezuela, se tiró al suelo y rodó una cuantas veces sobre sí mismo. En el cottage sonaron dos o tres tiros más.

—Ese energúmeno no quiere dejar que nos acerquemos —dijo Angélica.

Ogden se situó tras el coche de la joven, junto a otra rueda.

—Ha madrugado, ¿eh? —sonrió.

—Quería anticiparme a usted, lo confieso.

—Y sólo ha conseguido ser recibida a tiros.

—Ya ve —dijo Angélica, sonriendo de mala gana. De todas formas, estimo que Carndale no tira a dar, simplemente quiere evitar que nos acerquemos a la casa.

—Pero si lo intentamos, tirará al bulto.

—Probablemente. ¿Tiene un cigarrillo? Mi tabaco está en el bolso...

Ogden le lanzó el tabaco y el encendedor. Luego, arrodillándose,

asomó la cabeza con precaución por encima del motor.

—¡Señor Carndale! —gritó.

La respuesta fue un disparo, cuyo proyectil silbó por encima de la cabeza del joven. Ogden se agachó y lanzó una maldición.

—Es inútil, ese bruto no quiere dar su brazo a torcer —dijo Angélica.

—Yo le obligaré a atenderme —gruñó él—. Le aseguro que Carndale no se atreverá a matarme.

—Por si acaso, yo no me fiaría mucho —contestó ella, escéptica.

Ogden se asomó de nuevo con precaución. La casa era grande, con tejado de pizarra muy inclinado, a dos aguas, dos torrecillas en las esquinas de la fachada, y constaba de dos plantas, además del ático. La mayor parte de la fachada estaba cubierta por la hiedra, según la tradición británica de las residencias campestres.

Sonó otro disparo. Ogden volvió a sentarse.

—Ya no esperaré más —dijo, resuelto—. Voy a salir y...

—Señor, señora, el señor Carndale les ruega abandonen su posesión —dijo de pronto un individuo que había aparecido como surgido de debajo de la tierra.

CAPÍTULO VIII

OGDEN respingó. Angélica casi gritó.

El hombre era corpulento y de rostro sanguíneo. Por la indumentaria que llevaba, Ogden adivinó su posición en el cottage.

—Usted es el mayordomo —dijo.

—Jenkinson, señor, para servirle —contestó el individuo, cortésmente.

—Bien, pero ¿qué le pasa al señor Carndale? —inquirió Angélica—. No tratamos de hacerle el menor daño; sólo queremos hablar con él.

Jenkinson miró a la joven inquisitivamente. Ogden adivinó los pensamientos del mayordomo.

—Ella es la señorita Orville. Yo soy Stanley Ogden —dijo.

—Encantado de conocerles, señorita, señor —respondió el impasible Jenkinson—. Pero las órdenes del señor son tajantes.

—¿Ha dado algún motivo?

—Simplemente, no puede.

Ogden captó un tono no natural en la voz de Jenkinson. «En Carndale Cottage ocurre algo extraño», pensó en el acto.

—Bien, Jenkinson —dijo—, respetaremos la voluntad del señor Carndale y nos iremos. Pero, por favor, dígame que no dispare. Al menos, que nos permita ponernos en pío.

—Así se lo diré, señor.

Jenkinson dio media vuelta y se alejó en sentido paralelo a la casa. A cincuenta pasos, se metió tras un elevado seto y torció a su derecha.

—Angie, Carndale no puede recibarnos —dijo Ogden. —No

quiere...

—No puede —insistió él.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió Angélica.

—Jenkinson ha tratado de decírmelo con la mirada. Angie, apostaría los cien mil dólares, diez a uno, a que detrás de Carndale hay un tipo con una pistola.

Ella abrió la boca, estupefacta. De pronto, comprendió que Ogden tenía razón.

—¿Quién es? —preguntó.

Ogden se encogió de hombros.

—Tal vez el falso Slaughter. O el hombre que me pareció a mí era Slaughter —contestó Ogden.

De pronto, se oyó una voz en la casa:

—Está bien, pueden irse; no dispararé.

—Vamos —dijo Angélica.

—Espere —rogó él.

Ogden se incorporó a medias. Estudió un instante el terreno. Había alrededor de cien pasos hasta la casa, actuando por sorpresa, tal vez...

De repente, arrancó a correr hacia el cottage, trazando velocísimos zigzags a fin de dificultar la puntería de Carndale. Inesperadamente, cuando apenas había ganado treinta metros, sonaron dos disparos en una de las ventanas.

Un cuerpo humano fue proyectado al vacío desde el primer piso y se estrelló con sordo ruido sobre las losas que había al pie de la fachada. Instintivamente, Ogden saltó en sentido lateral, a la vez que sonaban varios disparos más en la misma ventana.

Entró de cabeza en el interior de un seto y aguardó allí unos momentos, pistola en mano. El silencio se había hecho denso, opresivo.

Algo rompió aquel silencio bruscamente: el ruido de un motor que sonaba al otro lado de la casa, alejándose con rapidez. Ogden comprendió que el asesino escapaba por alguna salida posterior.

* * *

Se arrodilló junto al inerte cuerpo de Carndale, que yacía boca abajo, y vio dos sangrientos orificios en la espalda. Jenkinson, seguido de un par de mujeres, con uniforme negro, estaba en la entrada.

Ogden se puso en pie.

—Ya no queda otra solución que llamar a la policía, Jenkinson —dijo.

El mayordomo asintió.

—Sí, señor —contestó.

Angélica observó dolor en el rostro del fiel servidor, a pesar de que Jenkinson procuraba mantener su impassibilidad. El mayordomo se volvió hacia una de las dos mujeres y le dio una orden. La doncella desapareció en el acto dentro de la casa.

—Una manta, Jenkinson —pidió el joven,

—Al momento, señor.

Ogden cubrió el cuerpo de Carndale con la manta.

Luego se encaró con el mayordomo.

—Me gustaría hablar con usted, Jenkinson —dijo.

—Estoy a su disposición, señor, pero... ¿no cree que podría ser perjudicial que le dijera algo antes de que venga la policía?

—No, porque no le voy a pedir que me diga nada que luego tenga que ocultar. Ni tampoco me gustaría que me ocultase nada.

—Sí, señor.

—Usted trató de avisarme de que había alguien con el señor, ¿no es así?

—En efecto —contestó Jenkinson—. Dijo llamarse Robert McKail y fue recibido por el señor.

—¿Sin oposición? Ni a mí ni a la señorita Orville quiso recibimos —dijo Ogden.

—Lo siento, señor; le he dicho lo que pasó.

—Bien, Jenkinson; quizá el señor Carndale sí quería recibir a McKail. ¿Qué sucedió a continuación?

—Se encerraron en el cuarto de estudio del señor, en el primer piso. Al cabo de unos momentos, el señor me llamó y me dijo que toda la servidumbre, excepto yo, debía encerrarse en sus habitaciones y no salir de ellas hasta nueva orden. El señor McKail tenía una pistola apoyada contra la espalda del señor.

—Un secuestro en su propia casa, ¿eh?

—Así podría calificarse, señor. Como puede comprender, no me quedó otro remedio que obedecer las órdenes del señor.

—Hay un teléfono...

—El señor McKail prohibió que lo usáramos. Compréndalo, yo

quería salvar a toda costa la vida del señor.

—Y quizá fui yo quien provocó su muerte —dijo Ogden pesarosamente—. Siga, Jenkinson, por favor.

—Ya no sé más, hasta que escuché el primer tiro. Había algunos rifles y fusiles en el cuarto de trabajo del señor Carndale; es posible que su visitante le diera uno, ordenándole disparar contra todo el que se acercase a la casa.

—¿Eso es todo, Jenkinson?

—Todo, señor.

—Falta una cosa, Pop —terció Angélica de pronto.

—Pregunta tú —invitó él.

—¿Qué aspecto físico tenía McKail?

—Era alto, delgado, más que el señor Ogden, de rostro anguloso y pómulos salientes, señorita.

Angélica se volvió hacia Ogden.

—Esa es una descripción que podría encajar muy bien con el falso Slaughter, ¿no le parece, Pop?

Ogden hizo un gesto de aquiescencia.

—Pudiera ser —convino—. Jenkinson, un mayordomo británico suele ser siempre muy observador —dijo, para halagar al mencionado—. ¿Se fijó usted en los pies del señor McKail?

—Muy pequeños, señor —respondió Jenkinson instantáneamente.

Ogden sonrió satisfecho.

—Gracias, Jenkinson —dijo—. Ah, hay una salida posterior, me parece.

—Así es —confirmó el mayordomo—. Y el asesino del señor Carndale la utilizó, después de cometer un crimen tan execrable.

—Jenkinson, encontraremos al asesino del señor Carndale —aseguró Ogden con acento profético.

* * *

Aquella misma tarde, en la taberna de una posada de Berkhamsted, Ogden metió varios documentos en un sobre que había comprado minutos antes, escribió el nombre de Kepford y su dirección, mojó la goma con la lengua y lo cerró.

Angélica había contemplado en silencio todas las operaciones. Al terminar, dijo:

—Todavía quedan tres, Pop.

—Lo sé —respondió él—. Sylvia Koslar, en Berlín; Dan Doniphan, en Roma, y Frank Tonkgson, en Estocolmo.

—Tres personas en inminente riesgo de muerte.

Ogden se acarició el mentón con gesto pensativo.

—Estoy pensando...

—¿En qué, Pop? —preguntó ella, al ver que Ogden se cortaba bruscamente.

—Kepford sabía que esas cinco personas deben morir. Por tanto, necesitaba que alguien estuviese presente en el momento del asesinato, poco antes o poco después, e, incluso, que pudiera ser culpado del mismo. Por eso me eligió a mí.

—¡Oh, no! —exclamó Angélica con vehemencia—. Kepford tiene infinidad de defectos, pero no es capaz de hacer una cosa semejante.

—¿Cómo puede asegurarlo? —preguntó él.

Angélica vaciló un instante.

—Lo sé... y basta —contestó.

Ogden la miró burlonamente.

—¿Qué representa Kepford para usted? —quiso saber.

—Adivino sus torcidos pensamientos, sátiro —le apostrofó ella—. Está usted equivocado de medio a medio.

—Lo celebro, pero no quiere decirme cuáles son sus relaciones, de todo tipo, con Kepford —insistió Ogden.

—Eso no es relevante ahora, Pop. Estábamos hablando de tres personas que corren riesgo de ser asesinadas. ¿Por qué no les enviamos sendos mensajes, avisándoles del peligro que corren?

—Me parece muy bien, Angie.

Ella miró a su alrededor.

—Tendremos que hacerlo desde Londres —dijo.

—Sí. Pero hay algo que me preocupa, Angie.

—¿Qué es, Pop?

—¿Por qué los asesinatos? ¿Qué beneficios puede sacar el asesino?

—Tal vez quiere evitar que Kepford se convierta en propietario de la Hexastar.

—Es posible, pero ¿la conseguirá él matando a los copropietarios?

—Quizá trata de hacer lo mismo que aquel que se dejó sacar un

ojo, con tal de que su adversario sufriese el doble de daño — contestó Angélica.

—Sí, es muy probable —contestó Ogden, aunque en su fuero interno estaba seguro de que el asesino, aunque procuraba dañar a Kepford, obraba también por otros motivos muy distintos.

Pero no se le alcanzaba cuáles pudieran ser tales motivos.

CAPÍTULO IX

DESDE el propio Tempelhof, Ogden se puso en contacto directo con Sylvia Koslar.

—¿Recibió mi mensaje desde Londres, señora Koslar? —preguntó, después de los primeros saludos.

—En efecto, señor Ogden —contestó la mujer, con voz bien modulada—. Y le estoy muy agradecida por su aviso. Cada vez que pienso en lo ocurrido, se me pone la piel de gallina.

«Vieja, en todo caso», pensó Ogden sarcásticamente. Y en voz alta, dijo:

—¿Ha recibido alguna visita extraña estos días, señora Koslar?

—No, no he hablado con nadie a quien no conociera —respondió a Ogden.

—Lo celebro infinito, señora. No obstante, y a fin de asegurarnos mejor, hasta que yo llegue a su casa, y puesto que hablo desde Tempelhof, no hable con nadie. Es probable que vaya a visitarla un hombre alto, delegado, de cara huesuda. Ese es el asesino, ¿me entiende?

—Sí, pero ¿cómo es usted? Porque yo no le conozco...

—Bien... —Ogden carraspeó—, ando por los treinta años, tengo el pelo claro y los ojos grises, mido algo más del metro ochenta y peso setenta y ocho kilos.

A través del hilo telefónico se oyó un hondo suspiro.

—Un galán de cine —dijo Sylvia Koslar.

—¡Señora! —bufó Ogden. Pero luego se echó a reír; era preciso conseguir la firma—. No soy mal parecido, en efecto.

—Ya estoy ansiosa por conocerle en persona, señor Ogden.

¿Tardará mucho?

—Tomaré un taxi. Usted misma se puede imaginar el tiempo que me costará llegar a su casa, señora Koslar.

—Sí, desde luego.

—Ah, y una pregunta. ¿Está dispuesta a firmar la cesión de venta de su parte en la Hexastar?

Ogden oyó una risita al otro lado de la línea.

—¿No le parece que será mejor que lo hablemos personalmente?
—contestó Sylvia.

—A su gusto, señora.

Ogden colgó el teléfono. Esta vez, se sentía esperanzado. Aunque, en cierto modo, le era indiferente que Kepford consiguiera o no el dominio de la Hexastar, su dignidad profesional le impelía a seguir en busca del éxito, máxime cuando pensaba que hasta el momento sus dos primeras tentativas habían terminado en sangrientos fracasos.

Momentos después, salía de la aeroestación. Un taxi se detuvo casi en el acto frente a él.

Ogden le dio la dirección de Sylvia. El taxista asintió, acomodó el equipaje del joven y luego se sentó tras el volante.

Al arrancar, Ogden sacó un paquete de cigarrillos.

De pronto, se percató de que había separación de vidrio entre el conductor y el pasajero.

El taxi abandonó el recinto del aeropuerto y enfiló la pista que conducía a Berlín. Segundos después, un chorro de humo blanco entró en el compartimento del pasajero.

Ogden terminó de fumarse el cigarrillo. De pronto, su cabeza se dobló hacia adelante.

El taxista sonrió al ver a Ogden inconsciente a través del retrovisor. Siguió adelante durante un par de kilómetros y, de pronto, se metió por un desvío de la autopista.

El camino atravesaba bosques de gran frondosidad. El taxista vio de pronto un trozo llano, fuera del camino, y se metió en el prado sin vacilar, buscando un escondite entre los árboles. Momentos después, se detenía.

Saltó al suelo y abrió la portezuela posterior. Entonces, un pie se disparó con increíble potencia y lo tiró de espaldas al suelo.

Ogden salió fuera del coche y miró sonriendo al aturdido taxista.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. No estás viendo un fantasma; soy yo, vivo y bien vivo.

—E... el gas... es infalible...

—Menos cuando uno sospecha lo que le puede ocurrir y fuma un cigarrillo con antídoto.

La boca del taxista se convirtió en una O mayúscula.

Ogden se echó a reír.

—Vamos, levántate —ordenó. Pero, por precaución, se mantuvo en guardia en todo momento.

El taxista, frotándose el pecho dolorido, se puso en pie.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—Me dieron mil marcos —contestó el hombre sin vacilar.

—¿Quién?

—No lo conozco. Él me dijo que sólo tenía que abrir la espita del gas. Aseguró que era narcótico y que usted no correría peligro alguno. Solamente tenía que quitarle su equipaje y dejarlo aquí, abandonado. Usted se hubiera despertado dentro de un par de horas, eso es todo.

—Ah, tenías que llevar el equipaje a ese tipo.

—Sí, señor...

Ogden miró oblicuamente a su interlocutor. En el Berlín actual proliferaban los espías de todas clases y condiciones. Era muy probable que el sujeto que tenía frente a sí hubiera intervenido en asuntos turbios en más de una ocasión.

—Pero, ¿cómo me has reconocido? —preguntó.

—Él me dio una fotografía suya, aparte de que me indicó la hora de llegada del avión de Londres —respondió el taxista.

—Está bien informado —masculló Ogden—. Y te pagó mil marcos.

—Sí, señor.

—Es un tacaño. No te dio ni cuatrocientos dólares.

El taxista se encogió de hombros, como dando a entender que ya todo le resultaba indiferente.

—Por cierto, aún no sé tu nombre —dijo Ogden.

—Mohwer, señor, Martin Mohwer.

—Muy bien, Martin. ¿Qué más instrucciones te dio ese hombre?

—Tenía que llevarme el equipaje a casa. Él vendría a buscarlo, eso es todo.

Hubo un momento de silencio. Para Ogden, sin duda alguna, Mohwer era un desaprensivo que se vendía al mejor postor. Lo cual, en aquellas circunstancias, le resultaba muy conveniente.

—Hagamos una cosa, Martin —dijo—. ¿Quieres ganarte cinco mil marcos más? Puedes quedarte con los mil que te dio el pájaro ese, pero si no aceptas, el que se quedará sin coche eres tú, al menos por unas horas.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó Mohwer ansiosamente.

Ogden se echó a reír.

—Ven, te lo contaré por el camino —dijo.

* * *

Mohwer se sentía muy nervioso, Ogden podía apreciarlo a través de la rendija de la puerta que le ocultaba a la vista de cualquiera que estuviese en la misma habitación que el taxista. Ogden maldijo entre dientes; el asesino, de cuya inteligencia y perspicacia no podía dudarse, lo advertiría al primer vistazo.

—Martin, contenga sus nervios —advirtió.

—No puedo, señor Ogden, tengo miedo —confesó Mohwer.

—Le he dado cinco mil marcos. ¿No le tranquiliza esa suma?

—Ese tipo es capaz de...

—De matarle, ¿verdad? Usted, por lo visto, no daba importancia al hecho de que ese hombre me matase a mí. Hubiera sido distinto, claro.

—En Berlín hay siempre muchos espías. Esto está lleno de espías. A diario se cometen muertes misteriosas, que la policía no esclarece jamás.

—Lo cual, a los muertos, les importa muy poco. Pero tranquilícese, hombre; le aseguro que no le pasará nada.

Mohwer se volvió hacia la puerta.

—¿Lo matará usted? —preguntó—. No me gustaría verme en un compromiso... La policía me retiraría mi licencia...

Era un ser despreciable, pensó Ogden, absteniéndose de decirlo en voz alta, para no herir a Mohwer y quedarse así sin su colaboración. Había aceptado mil marcos para despojarle, sin importarle las consecuencias, y ahora se mostraba tembloroso e inseguro.

—Me va a estropear el plan —masculló.

—¿Decía...? —preguntó Mohwer.

—No, nada. ¡Manténgase tranquilo, hombre!

—Sí..., sí, señor...

De pronto, llamaron a la puerta.

Mohwer acababa de sentarse y se levantó de un salto. El cigarrillo que tenía entre sus dedos cayó al suelo, sobre la alfombra. Se inclinó y lo recogió, emitiendo una maldición a media voz.

—Vamos, abra, Martin —indicó Ogden.

Mohwer titubeó un momento. Luego, ajustándose maquinalmente los faldones de la chaqueta, fue hacia la puerta y abrió.

Ogden irrumpió en la sala instantáneamente, revólver en mano.

—¡Quieto o disparo! —amenazó.

—¡Pop! —chilló Angélica—. Cuidado con esos trastos; el diablo los carga.

Ogden se quedó atónito un momento. Mohwer, no menos sorprendido, miraba alternativamente a la pareja.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó.

—Una entrometida —rezongó Ogden—. Angie, por todos los demonios, ¿qué haces aquí?

—Bueno, te seguí y vi que tardabas demasiado, así que me enteré en la portería del piso en que vivía el dueño del taxi y subí a ver qué ocurría —explicó la muchacha.

—Ah, de modo que me has seguido.

—Sí. Yo llegué antes que tú, en el avión que salió a las siete de la mañana de Londres. Alquilé un coche y me disponía a ayudarte cuando vi que tomabas un taxi. Me extrañó que se desviara de la autopista...

—Martin y yo teníamos que hablar —contestó Ogden de mal talante—. De modo que nos has seguido hasta aquí.

—Sí, claro...

—¿Y no te han seguido a ti?

—Pues... no creo...

Un súbito presentimiento atacó la mente del joven. 'Giró sobre sus talones y se precipitó hacia la ventana. Al otro lado de la calle, había un hombre alto y delgado, de rostro huesudo, con la mano en la portezuela de su coche. A pesar de la distancia, Ogden pudo reconocer al individuo.

—¡Slaughter! —exclamó.

Angélica echó a correr hacia la ventana. En el mismo instante, el desconocido entraba en el coche. Un segundo después, arrancaba a la máxima velocidad permitida, desapareciendo de la vista de la pareja en contados segundos.

Ogden comprendió que era ya inútil tratar de perseguir a Slaughter. Pero podía hacer algo para frustrar sus planes.

—Martin, el teléfono —pidió.

—Allí, señor —contestó el taxista.

Ogden sacó su agenda y marcó el número de Sylvia Koslar. La mujer le contestó a los pocos momentos.

—Se retrasa demasiado —dijo, en son de queja.

—Lo siento, señora; cierto incidente, ajeno por completo a mi voluntad, me ha impedido ir a visitarla. Pero ahora mismo salgo para su casa; estaré allí dentro de treinta minutos.

—Si no me engaña...

—Hablo en serio, señora Koslar. No obstante, voy a hacerle una advertencia muy severa: no abra a nadie hasta que yo llegue. ¿Entendido?

—Sí, señor Ogden.

El teléfono volvió a su sitio. Ogden miró a Mohwer.

—Martin, lléveme a casa de la señora Koslar —pidió.

—Sí, señor.

Angélica dio un paso hacia adelante.

—Yo también...

—Tú te quedas aquí —decretó Ogden, tajante—. Y no intentes seguirme, porque te ataré de pies y manos.

Ella hizo un gesto de decepción, pero Ogden no lo vio, porque ya caminaba hacia la puerta, maldiciendo en su fuero interno de la inoportunidad de Angélica, que le había impedido la captura del asesino de Farmand y de Carndale.

Aunque Farmand había muerto a manos de Vrijkies, Ogden consideraba a Slaughter como el auténtico asesino. Y tenía la seguridad de que también intentaría matar a los restantes socios de la Hexastar, cosa que debía él impedir a cualquier precio.

CAPÍTULO X

SYLVIA KOSLAR sonreía, mientras contemplaba especulativamente a su visitante, recorriéndolo con la vista de pies a cabeza. Ella era una arrogante mujer, que había traspasado ya los linderos de la treintena, muy rubia, sofisticadamente peinada y con la anatomía de una auténtica walkiria. Ogden, a su vez, pensó que Sylvia debía pasar muchas horas en la sauna, para eliminar peso, aunque ello no obstaba para que viese en la mujer un fuerte atractivo sensual.

El escote del ceñido traje que vestía Sylvia no tenía nada de moderado. En la espalda no había tela hasta la cintura.

—Es mejor de lo que me había imaginado —dijo Sylvia.

—Yo puedo decir que las fotografías que tengo de usted no la favorecen en absoluto, señora.

Sylvia lanzó una risita un tanto chillona. Luego se colgó del brazo de su visitante.

—Vamos a tomar una copa —propuso—. Su nombre es...

—Stanley, pero todos me llaman Pop; resulta más corto, señora Koslar.

—Llámeme Sylvia, Pop —pidió ella—. De modo que ha venido a comprarme mi parte en la Hexastar.

—Sí, señora, por cuatro millones de dólares.

—Eso son casi doce millones de marcos, ¿no?

—Aproximadamente, pero el pago será en dólares. Luego, usted podrá cambiar...

Sylvia hizo un gesto de indiferencia.

—No hablemos ahora de cosas tan prosaicas —dijo virtuosamente—. Hablemos de nosotros mismos. —y entregó una

copa a su visitante.

—Encantado, señora, aunque antes de iniciar... esa conversación me gustaría saber, si no hay inconveniente, por qué es usted dueña de una sexta parte de la Hexastar?

—No hay inconveniente en que lo sepa, ciertamente. Poseo esa participación por herencia al morir mi esposo, hace un par de años. Pero si quiere que le sea sincera, no sé siquiera en qué consiste la Hexastar. Hasta ahora, me he limitado a cobrar mi parte de los beneficios y, créame, esos cuatro millones de dólares me van a venir estupendamente.

Ogden se dijo que Sylvia no era precisamente una pobre. La casa estaba montada con lujo, aunque el gusto en la decoración fuese más bien dudoso. Desde el amplio ventanal que ocupaba casi por completo uno de los muros de la sala, podía ver el hermoso paisaje del Spree y, un poco más hacia el oeste, los bosques que bordeaban el Wansee. El ferrocarril de circunvalación quedaba más lejos, hacia el sur, y, al otro lado, se divisaban los edificios de la avenida Spandau.

—No lo dudo —sonrió él, después de un trago de buen whisky—. Y ahora, si le parece, hagamos la operación. Tengo que entregarle el cheque, pero usted me permitirá examinar antes sus huellas dactilares. Son las órdenes que tengo al respecto, Sylvia.

—Cómo no —accedió ella con amplia sonrisa.

Minutos más tarde, Ogden había realizado la comprobación. Mientras comparaba las huellas con una lupa, Sylvia estuvo encima de él todo el rato, haciendo deliberada ostentación de sus innegables encantos físicos, a la vez que procuraba hacer respirar al joven el fuerte perfume que se desprendía de su cuerpo.

Terminada la comprobación, Ogden escribió la fecha en el cheque y se lo entregó. Sylvia había firmado ya el documento de cesión.

—Uf —dijo Ogden al terminar—, creí que no lo lograría.

—¿Tan mal lo veía, Pop?

—Ha habido inconvenientes, pero, en el caso de usted, he podido salvarlos todos.

—Lo celebro infinito. Y ahora, dígame, ¿tiene prisa en marcharse?

Ogden escrutó unos momentos el rostro de Sylvia. Ella sonreía

de un modo inequívoco.

—No, ninguna —contestó.

Avanzó hacia Sylvia y la estrechó entre sus brazos.

* * *

El timbre de la puerta sonó de pronto.

Ogden se incorporó en el diván.

—¿Quién viene a visitarte? —preguntó.

—No lo sé —respondió Sylvia—. No espero a nadie...

La llamada se repitió. Ogden se puso en pie.

|—Abre —indicó.

|Sylvia le dirigió una mirada aprensiva. Ogden sonrió.

—No temas, yo te protegeré —dijo.

Ella se puso una bata y se ató nerviosamente el cinturón. Ogden, con el revólver en la mano, corrió silenciosamente hacia la puerta, situándose al otro lado. Moviò la cabeza y ella, sin soltar la cadena de seguridad, entreabrió la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Ogden, señora —contestó un hombre al otro lado—. ¿Puedo hablar con usted?

El joven hizo un gesto de aquiescencia. Temblando de miedo, Sylvia abrió la puerta.

Un hombre alto y fornido, de pelo rubio, entró en el departamento.

—Siento no haber podido venir antes, señora.

—Ha llegado tarde, amiguito —dijo Ogden.

El recién llegado se volvió y vio el revólver en la mano de Ogden. Un gesto de cólera se dibujó inmediatamente en su rostro.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—El auténtico Pop Ogden. —de súbito, el revólver se puso bajo la nariz del visitante—. ¿Quién le ha enviado aquí? ¿Conteste o disparo!

La voz de Ogden era harto intimidatoria para no asustar al desconocido.

—Oiga, amigo, no me meta en jaleos —proteste—. A mí sólo me dijeron que tenía que venir aquí a ver quién estaba con la señora Koslar.

—¿Quién se lo dijo?

—Una chica, no me dio su nombre. Me entregó cien marcos...

Ogden maldijo entre dientes.

—¿Estás casado? —preguntó Sylvia.

—¡Qué diablos...! Es una colaboradora del hombre que... Bueno, te lo explicaré cuando estemos a solas —dijo Ogden de mal humor—. Usted, lárguese inmediatamente de aquí o le machacaré las narices.

El individuo escapó a todo correr. Ogden cerró de un portazo y volvió a colocar la cadena de seguridad.

—Esa chica es cómplice del hombre que asesinó a Farmand y a Carndale —mintió.

—Comprendo. Sólo quería saber si estabas aquí —dijo Sylvia.

—Exactamente. Pero, ¿por qué no dio otro nombre?

—Si lo hubiera hecho así, ¿le habrías abierto?

—Tienes razón —suspiró Sylvia—. Bien, creo que ese tipo nos ha dejado ya tranquilos, ¿no te parece?

—Necesito una copa —gruñó Ogden—. Esa visita me ha puesto de mal humor.

Sylvia avanzó hacia él.

—Yo te lo quitaré —dijo insinuantemente, a la vez que elevaba los brazos para colgarse del cuello de su huésped.

* * *

En silencio, evitando todo ruido, Ogden registraba el que había sido despacho de Hans Koslar. Era evidente que Sylvia no lo utilizaba apenas, por lo que esperaba encontrar datos interesantes entre la documentación de su difunto esposo.

Reinaba un silencio absoluto en la casa. El despacho estaba iluminado solamente por una lámpara de mesa, cuyos rayos se concentraban sobre la carpeta del escritorio, tras el cual se hallaba sentado Ogden. De pronto, Ogden encontró una carpeta con un rótulo significativo: HEXASTAR LTD.

Abrió la carpeta. En su interior había una veintena de hojas de papel, en cuya lectura se sumió instantáneamente.

Al terminar la lectura, en la que empleó más de media hora, se quedó muy pensativo.

«Esto aclara muchas cosas», se dijo, pensativo.

Repasó alguno de los documentos. Sylvia era una mujer frívola, casi inconsciente, preocupada únicamente de su belleza y del dinero, pese a sus palabras. La Hexastar le importaría un pimiento,

salvo por el dinero que pudiera obtener de ella.

—Bueno, si me quedo con la carpeta, tampoco pasará nada — calculó.

Consultó la hora; pasaban ya de las cuatro de la madrugada. Sylvia se había acostado ligeramente achispada; él había procurado que tomase un par de copas de más, lo que había facilitado su operación de registro, bostezó y se dijo que tres o cuatro horas de sueño le dejarían como nuevo.

En silencio, avanzó hacia el dormitorio. En la penumbra, vio a Sylvia dormida, con el pelo extendido como un abanico de oro sobre la almohada y un brazo de mórbida blancura fuera del cobertor. Ogden meneó la cabeza, a la vez que se decía:

«Esa mujer no estará nunca sola.»

Avanzó un paso y, entonces, le pareció que el techo derrumbaba sobre su cabeza.

Despertó minutos más tarde, sintiendo fuertes náuseas, a la vez que un vivo dolor en el punto donde había recibido el golpe. Durante un rato, se vio obligado a continuar en el suelo, hasta que notó que le volvían las fuerzas.

Entonces, se puso en pie y, con paso todavía inseguro, fue al baño. El agua fría, cayendo a chorro libre sobre su cabeza, le alivió considerablemente.

Luego fue al bar y se sirvió una copa. De repente, se acordó de la carpeta de la Hexastar.

Había desaparecido, comprobó amargamente minutos más tarde. En cuanto a los bolsillos de su chaqueta, estaban vueltos del revés y todo su contenido esparcido por el suelo.

Bruscamente, se acordó de Sylvia. ¿Cómo no había dicho nada? ¿Acaso su sueño, a pesar del alcohol, había sido tan profundo que no había oído los ruidos que necesariamente se habían producido?

Volvió al dormitorio, presa de negros presentimientos. Sylvia continuaba dormida.

Pero su pecho permanecía inmóvil, no se alzaba y descendía con los naturales movimientos de la respiración.

Ogden sintió como una especie de chorro de agua helada en la espalda. Temblando, alzó el cobertor y vio el negro agujerito que había casi en el centro del pecho de la mujer, debajo del seno izquierdo.

Soltó el cobertor. Durante unos segundos, contempló el rostro de la muerta. Sylvia no se había enterado siquiera de que su sueño de una noche se convertía en eterno.

CAPÍTULO XI

LA voz de Angélica sonó con vibrantes tonos en la sala de la suite ocupada por Ogden.

—Arriba, perezoso, son ya las doce. ¿Qué clase de gente especial es usted, que está en la cama al mediodía?

Cubierto solamente por una toalla de baño, Ogden asomó a la sala.

—No estaba durmiendo. Ni he dormido desde las dos de la madrugada —dijo.

Angélica, sorprendida, se volvió hacia el joven.

—Oh, no lo sabía —dijo—. ¿Dónde ha estado?

—¿Y usted?

—Buscándole, claro. Sólo cuando me di cuenta de que no le encontraba, pensé que podría estar durmiendo. Sobre todo, después de la orgía con la señora Koslar.

—Angie, nunca hay orgías con los cadáveres —dijo él.

—Claro, no se pueden mover... —de repente, Angélica comprendió y lanzó un chillido—. ¡Ha muerto!

—Sí —confirmó Ogden.

Y avanzó hacia el dormitorio, a fin de vestirse.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó ella, caminando tras del joven.

—¿Le gusta ver a los hombres en traje de Adán?

Angélica lanzó un grito y sé volvió de espaldas. Ogden dejó caer la toalla y empezó a vestirse.

—¿Ha visto muerta a la señora Koslar? —preguntó.

—Sí, desgraciadamente. A las dos de la mañana todavía estaba

viva.

—¿No pudo evitar usted su muerte?

—Me resultó imposible, Angie.

—¿Por qué?

—El asesino me atacó inesperadamente, dejándome sin sentido. Luego la mató, de la misma manera que hizo con Farmand, y se marchó.

—¿Había conseguido que ella le firmase el documento de cesión?

—Sí, y le había entregado el cheque. El asesino se llevó el cheque, pero no el documento de cesión, a pesar de que lo buscó por todas partes.

—Ah, lo escondió usted.

—¿Me toma por tonto? Eso fue lo primero que hice, apenas lo tuve en mi poder.

—Slaughter —murmuró Angélica—. ¿Quién lo había de creer?

—Ya no cabe la menor duda. Usted lo vio, tan bien como yo, desde la casa de Martin Mohwer.

—Sí, lo admito. Pero si sólo se ha llevado el cheque, no conseguirá nada. Su importe ha de ser transferido inevitablemente a la cuenta de Sylvia Koslar.

—El cheque me importa menos que la carpeta que se llevó también el asesino —dijo Ogden.

—¿Qué carpeta?

—Una que encontré, con todas las actividades de la Hexastar. Afortunadamente, pude leer todos los documentos a fondo, antes de que el asesino empezase a actuar.

—¿Qué dicen esos documentos, Pop?

—Algo repugnante, nauseabundo —contestó él escuetamente. Consultó su reloj de pulsera y añadió—: Se me hace tarde, Angie,

—¿Tarde?

—Sí, ya tengo el pasaje para Estocolmo. Esta misma noche me entrevistaré con Tonkgsen.

—¿Lo sabe él?

—Por supuesto. Le he advertido que tenga cuidado. Pero no sé si tendré éxito.

—Yo también iré a Estocolmo —exclamó Angélica.

—No será conmigo —dijo Ogden.

—¿No quiere que le acompañe?

—No.

—¿Por qué, Pop?

Ogden terminó de anudarse la corbata y se volvió hacia ella.

—Ayer me hizo una jugarreta repugnante —acusó.

Angélica puso cara compungida.

—No se ofenda, Pop; sólo quería comprobar que estaba con Sylvia...

—¿Qué más le dijo el caballero a quien sobornó para que se hiciera pasar por mí?

—No le pregunté más —respondió ella—. Solamente me interesaba saber, repito, si estaba o no con Sylvia. Me habría asustado mucho de haber recibido una respuesta negativa.

Ogden miró especulativamente a la joven.

—Angie, ¿qué diablos pinta usted en este condenado asunto? —preguntó.

—¿No sabe emplear un lenguaje más educado? —le reprochó ella.

—Dispense, estoy un poco excitado y se me va la lengua. Pero contésteme, por favor.

—Le contestaré en Kepford House.

—Bien, de acuerdo. Pero no venga conmigo a Estocolmo.

—¿Me lo prohíbe?

—A mi lado, sí.

La respuesta era tajante. Angélica no insistió.

—Suerte, Pop —le deseó.

—Más falta le hará a Tonkgsen que a mí —respondió él secamente. Agarró el maletín y se dirigió hacia la puerta, sin volver la vista atrás un solo segundo.

* * *

El taxi le llevó por la autopista de Uppsala hasta la capital sueca; entró por Sveavägen, dobló a la izquierda en Hamngatan y se detuvo casi a la entrada de la Strandvägen, frente al Teatro Dramático. A la espalda del edificio se veía el Museo Nacional, junto a las aguas del Saltsjön.

Ogden abonó el importe de la carrera. El resto del equipaje había ido a parar al Alexandra, donde había tomado habitación anticipadamente.

Tonkgsen abrió a los pocos segundos de la llamada. Era un hombre rubicundo, fornido, de unos cincuenta y cinco años, pero todavía en buena forma física.

—Soy Ogden —se presentó el recién llegado.

—Desearía comprobarlo —manifestó el sueco.

—Tengo mi pasaporte...

—Puede ser falsificado.

—Tiene usted razón —sonrió Ogden—. ¿Conoce la firma de Kepford?

—Sí.

—Le enseñaré el cheque, pero no se lo entregaré. Usted, a continuación, me permitirá comprobar sus huellas dactilares.

—Nada más justo —aceptó Tonkgsen.

Ogden entró en la casa, revestida casi por completo de paneles de roble oscuro. Daba sensación de comodidad y de ser un lugar muy acogedor. En las paredes vio algunos cuadros de mérito. Indudablemente, Tonkgsen era un hombre de gusto.

Las comprobaciones se efectuaron rápidamente. Cuatro millones cambiaron de mano como remate de la operación.

Tonkgsen propuso celebrarlo con una copa. Ogden aceptó.

—*Skal!* —dijo el dueño de la casa, levantando su copa.

—*Skal* —repitió el forastero. Bebió y luego dijo—: Me gustaría, primero, hacerle una pregunta, señor Tonkgsen; después, darle un consejo.

—Hable —invitó el sueco, sonriendo.

—¿Por qué entró usted en el negocio de la Hexastar?

La sonrisa se borró en el acto de los labios de Tonkgsen.

—Deme el consejo —pidió significativamente.

—Está bien. Protéjase. Tres socios de la Hexastar han muerto ya. Usted lo sabe.

—Alguien trata de vengarse de nosotros —dijo Tonkgsen.

—¿Por qué?

—Perdón, pero éste es un asunto privado, señor Ogden.

—Lo siento, sólo trataba de ayudarle.

—Se lo agradezco sinceramente.

Ogden comprendió que la entrevista había terminado. Agarró el maletín y se dirigió hacia la puerta.

—Permítame completar el consejo —solicitó—. Escóndase

durante una temporada, señor Tonkgxen. ¿Tiene alguna casa en el campo?

—Sí, en la isla de Varmdó, junto a la costa, al sur de Stavnas.

—Vaya allí y permanezca una temporada. Es lo mejor.

—Lo haré —aseguró Tonkgxen.

Ogden abandonó la casa. Llegó a la calle y llamó a un taxi.

—Lléveme a alguna agencia donde alquilen automóviles —pidió.

—Sí, señor.

Treinta minutos más tarde, Ogden salía de la agencia conduciendo un «Volvo» de discreto color gris. Regresó a la Strandvagen y se apostó en un lugar desde el que pudiera ver la casa de Tonkgxen.

Su paciencia se vio recompensada. Dos horas más tarde, un coche salió del estacionamiento subterráneo de la casa, con Tonkgxen al volante.

Ogden puso en marcha su automóvil. Por Oxensttiernsgatan salieron a la carretera 74, en dirección a la península de Varmdo. Media hora más tarde, atravesaban Gustavsberg.

Ogden había estudiado a fondo el plano y mapa de jarreteras y dejaba con frecuencia que Tonkgxen se le adelantase, a fin de que no pudiera recelar de que lo seguía. De cuando en cuando, ganaba un poco de terreno, comprobaba que el sueco continuaba su ruta imperturbable y luego se retrasaba otra vez.

Pasaron Vik. Cinco kilómetros más adelante, Tonkgxen se metió por un camino lateral. La noche impedía que Ogden pudiera admirar el paisaje, aunque de haber sido de día no hubiera tenido ojos para otra cosa que para seguir al socio de la Hexastar.

El mar brillaba no muy lejos. Ogden apagó los faros el coche y esperó un rato.

A lo lejos divisó la silueta de una casa, sobre un acantilado. Vio que el coche de Tonkgxen se detenía y sonrió satisfecho. Tonkgxen estaba ya en seguridad.

No tenía nada que temer por el sueco, aunque, bien mirado, su misión en Estocolmo había terminado ya. Ahora, pensó, se merecía un buen descanso; unos cuantos días en la capital sueca, para hacer el turista, le sentarían bien. Mientras, avisaría a Doniphan que se cuidase, hasta su llegada.

Ogden emprendió el regreso a Estocolmo, sin saber que, en

aquellos momentos, Tonkgsen salía a la terraza de su casa, situada directamente sobre el acantilado. El mar batía las rocas a cuarenta metros más abajo.

Tonkgsen respiró el aire marino a pleno pulmón. Sentíase satisfecho; se había desligado de la Hexastar y había recibido un beneficio de cuatro millones de dólares, diecinueve millones de coronas suecas al cambio.

Lo suficiente para vivir como un potentado el resto de sus días.

Era demasiado optimista. De pronto, oyó un ruido a su espalda y se volvió.

La terraza tenía en aquel lugar una marquesina en voladizo, con algunas luces empotradas, de las que se podían encender todas o parte, a voluntad. En aquel momento, sólo había encendida una, a fin de proporcionar una mejor visibilidad al paisaje del mar iluminado por la luna. Tonkgsen divisó la oscura silueta de un individuo, parado ante él.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó, colérico.

El hombre dio un paso más. La luz cayó de lleno sobre su rostro.

Tonkgsen retrocedió.

—¡Tú... usted...! —dijo.

El desconocido avanzó otro paso. Tonkgsen volvió a retroceder.

—No... Espere... Tengo dinero...

—¿Qué importa el dinero, cuando se está en la tumba? —dijo el desconocido, a la vez que emitía una risa infernal.

Y volvió a avanzar y Tonkgsen retrocedió de nuevo, pero la terraza tenía un límite en la barandilla y se detuvo.

—No, no... Espere... Hablemos de dinero...

—¿Para qué quiere hablar de dinero un hombre que está muerto?

—Tú... estás vivo...

—No hablo de mí, Frank.

Tonkgsen comprendió y lanzó un alarido de pavor.

Intentó dar otro paso hacia atrás, pero lo hizo con demasiada vehemencia y se inclinó excesivamente sobre la barandilla.

Chilló de pánico. Una de sus piernas se levantó convulsivamente, en los esfuerzos que hacía Tonkgsen para recobrar el equilibrio. El intruso aprovechó la ocasión y agarró el tobillo, empujando con todas sus fuerzas hacia arriba.

El cuerpo de Tonkgsen volteó, teniendo como eje el borde del parapeto. Sus brazos se agitaron frenéticamente, a la vez que de sus labios brotaban sonidos inhumanos.

Durante unos segundos, el intruso lo mantuvo en posición horizontal, como gozándose sádicamente del terror de Tonkgsen. Luego, de pronto, alzó ambas manos y el cuerpo del sueco saltó al vacío.

El desconocido se inclinó. Tonkgsen cayó dando volteretas, se estrelló a veinte metros contra un saliente rocoso y rebotó, trazando una gran parábola, antes de sumergirse en las ondas espumeantes. Una ola lo envolvió en sus líquidos tentáculos, lo alzó hasta la cresta y lo arrojó contra la base del acantilado. El cuerpo de Tonkgsen quedó un instante en seco, pero no tardó en resbalar y hundirse de nuevo en el mar.

Entonces, el asesino levantó su rostro. Un rayo de luz lunar dio en sus dientes, que brillaban a través de los labios distendidos en una perversa sonrisa de satisfacción.

CAPÍTULO XII

OGDEN se sentó ante la mesita, en el cuarto del hotel, se frotó las manos satisfecho y luego, con el cuchillo, untó una rebanada de pan con la mantequilla. Llenó la taza de café y arreó un feroz bocado a la tostada mientras hojeaba distraídamente el Aftonbladet.

Doniphan había hablado con él la víspera. Todo estaba en orden, le había dicho el quinto socio de la Hexastar. Incluso tenía dos detectives privados que se encargarían de su custodia. No había nada que temer, pues, por esa parte, se dijo Ogden.

Para mayor satisfacción, había perdido de vista a Angélica. Ahora se tomaría unos días de descanso y...

Una noticia saltó a sus ojos como una explosión de luz roja. No entendía bien el texto, debido a su casi total desconocimiento del idioma, pero había palabras fáciles de traducir.

—Frank Tonkgsen... muerto... caída... acantilados...

La traducción fue penosa, pero, al fin, se enteró de los detalles más sustanciales. Unos pescadores habían recogido el cuerpo poco menos que irreconocible de Tonkgsen, destrozado por los golpes recibidos contra las rocas, el cual había podido ser identificado por sus huellas dactilares. Según el forense, la muerte se había producido cuarenta y ocho horas antes, entre las diez y las dos de la madrugada, aproximadamente.

«A las diez estaba vivo», pensó Ogden, recordando que había seguido al individuo hasta su casa, a la que llegó poco después de la hora indicada.

—Debí haberme quedado con él —masculló, furioso. Pero ¿cómo podía pensar...?

Ya no le cabía duda alguna, Slaughter se había anticipado a sus previsiones y había esperado a Tonkgsten en su residencia de la costa. Había adivinado exactamente lo que iba a suceder.

En tal caso, a Slaughter no le interesaba el dinero, sino la venganza, dedujo.

Bastaba para saberlo, recordar el contenido de la carpeta de la Hexastar, que había leído en casa de Sylvia.

—No se lo perdonaré —dijo, refiriéndose al asesino—. En el caso de Sylvia, no tiene perdón; ella no era culpable de lo que pudo hacer su esposo.

De repente, sonó el teléfono.

Ya había perdido el apetito y se despreocupó del desayuno. Se levantó y cruzó la estancia, para atender a la llamada.

—Hola, Pop.

—Sabía que no podía ser otra persona. ¿Cómo has averiguado mi alojamiento?

—Oh, sencillísimo, llamando a todos los hoteles de Estocolmo. Me ha costado bastante dinero, pero, al fin, lo he conseguido.

—Está bien —rezongó Ogden—. Dime dónde estás e iré a buscarte. Tengo que hablar contigo. Ahora mismo me visto y...

—Te advierto que te costará un poco más de lo que crees, Pop.

—Ah, claro, las mujeres siempre tardan más en arreglarse...

—Pero, hombre, trata de entender. Hablo desde Roma.

—¡Roma! —bramó él—. ¿Qué haces ahí?

—Oh, estoy en una villa preciosa, en las inmediaciones de la Vía di Porta San Sebastiano, no lejos de la Vía Apia Antigua... Oh, Roma, Roma, siglos y siglos de historia y de arte... Divino, *caro mio*, divino... Doniphan me dice que va a tomarme como modelo para un desnudo que adornará su jardín de su villa... Él no es escultor, claro; pero tiene un amigo escultor... y no me hará una horrible estatua moderna de ésas que parecen hierros arrancados a un montón de chatarra, no; será una estatua clásica..., vamos, algo así como la Venus de Milo, pero con brazos... ¡Qué maravilla, verse immortalizada en mármol! De cuando en cuando, vendré a contemplarme al jardín de Villa Raghela... Y si me decido, quizá acepte el título de señora Doniphan... Ya es mayorcito, pero está de muy buen ver...

—¿Has terminado de decir tonterías? —rugió Ogden.

—Pero si todo lo que he dicho es verdad —se dolió Angélica—. Dan es un tipo encantador, se ha italianizado de tal modo, que parece que haya nacido aquí; serio como un milanés, fogoso como un napolitano y sensible como un romano. ¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre!

—Angie, si te descuidas, Doniphan no será pronto más que un montón de cenizas.

—Vamos, Pop, no seas macabro...

—Tonkgesen ha muerto hace dos días.

Hubo una pausa de silencio.

—Angélica, ¿me oyes? —gritó él.

—¿Es eso cierto, Pop? —preguntó la muchacha, sumamente impresionada.

—Totalmente cierto. Aquí tengo el periódico con la noticia. Por eso te ruego cuides de Doniphan.

—Está bien —dijo ella—. Se lo diré.

—Creo que ha contratado dos detectives.

—Así es, Pop.

—Está bien, diles que redoblen la vigilancia. Voy a encargar ahora mismo el pasaje para Roma. Lo que no te puedo decir es la hora en que llegaré, pero puedes llamarme dentro de un rato.

—Sí, Pop. Me darás más detalles cuando llegues, ¿verdad?

—Desde luego. Pero no olvides mis consejos.

—Los tendré presente en todo momento, Pop. Ah, y eso que te decía antes, era..., era broma...

—Angie si hay algo con lo que no se puede bromear es con este maldito asunto de la Hexastar —dijo Ogden contundentemente.

* * *

Hasta el día siguiente, a las once de la mañana, no pudo poner pie Ogden en suelo italiano. Después de los inevitables trámites aduaneros, se dirigió hacia la salida.

Angélica corrió hacia él, con la ansiedad pintada en su rostro.

—Tengo un coche ahí afuera —dijo.

—Muy bien, vamos —respondió él lacónicamente.

Entraron en el coche. Angélica se encargó de conducirlo.

—Cuéntame, Pop —rogó.

Ogden habló durante unos minutos. Al terminar, dijo:

—Cada vez estoy más convencido de que se trata de una

venganza, Angie.

—¿Planeada por Slaughter?

—Planeada y ejecutada.

—Pero ¿cómo...?

—Kepford ha tardado mucho tiempo en averiguar los nombres y domicilios de los socios de la Hexastar. Slaughter, naturalmente, estaba enterado de todas las gestiones. Dime si, en tales condiciones, no es fácil planear una serie de asesinatos.

—Dos de los socios murieron antes de que se pudiera firmar el documento de cesión —le recordó ella.

—Y dos más han muerto después de firmado. Por tanto, no parece que el asesino vaya guiado por un interés económico.

—Y tú te apoyas en ello para sostener la tesis de la venganza, como móvil de los crímenes.

—Sí, eso creo yo también. Pero, en el caso de Tonkgsen, ¿no hubo accidente en su muerte?

—El forense no encontró rastros de alcohol en su cuerpo, lo que excluye que se cayera al acantilado a causa de la embriaguez. Por otra parte, la barandilla de la casa está intacta; es decir, no cayó porque se rompiera al apoyarse en ella.

—Entonces, lo arrojaron.

—Es lo más probable, porque, ¿quién se suicida, con una salud perfecta, después de haber recibido un cheque por cuatro millones de dólares?

—Nadie, en efecto —admitió ella con un suspiro.

Poco más tarde, llegaban a la puerta de Villa Raghela.

Un jardinero de mediana edad abrió la puerta. El coche entró en un pequeño parque, muy bien cuidado, con algunos cipreses y abundancia de boj y mirto. Había una veintena de estatuas de corte clásico, en sus pedestales, distribuidas un tanto al azar, pero de modo que causaran un gran efecto artístico.

Un pedestal aparecía sin su estatua. Ogden lo vio y sonrió.

—¿Es para ti? —dijo.

Angélica se sonrojó.

—Tonto, hablaba en broma —contestó.

Al detenerse el coche, un hombre apareció en el porche de la casa y descendió por la escalinata. Ogden se acercó a Doniphan.

—Aquí lo tienes, Dan —exclamó Angélica.

La mano de Doniphan se cerró con fuerza sobre la de Ogden.

—Bien venido, amigo —saludó.

En la puerta de la casa, había dos sujetos de rostro estólido, pero de ojos vigilantes. Doniphan se volvió hacia ellos.

—El señor Ogden es de confianza —dijo.

Dos manos se retiraron de las inmediaciones de sendas pistolas. Precediendo a sus invitados, Doniphan entró en la casa y los guio hasta una sala decorada con muebles Imperio.

—Estoy a su disposición, amigo Ogden —manifestó.

Ogden se quedó parado ante la mesa de despacho, delicadamente laqueada, al otro lado de la cual se hallaba el dueño de la villa. Sus manos quedaron sobre el maletín.

—Ya se ha enterado de las muertes de cuatro de sus consocios —dijo.

—Sí, en efecto.

—Hay alguien que quiere vengarse de los miembros de la Hexastar. ¿Por qué?

—El único que podría vengarse de nosotros está muerto.

—¿Quién era?

—Permítame, amigo Ogden. Según las noticias que tengo, su misión consiste, estrictamente, en traerme un documento para la firma y en entregarme un cheque por valor de cuatro millones de dólares. Lo demás no le interesa a usted en absoluto.

El acento de Doniphan era frío, casi despectivo. Ogden asintió.

—Tiene usted razón —convino—. A pesar de todo, quiero hacer una última tentativa.

—¿Cuál?

—¿Quién es el sexto socio de la Hexastar?

—Lo siento, no estoy autorizado para responder a esa pregunta.

Ogden se encogió de hombros.

—Como quiera —dijo, con no menos frialdad—. ¿Damos comienzo a la operación de identificación de sus huellas dactilares? Debo hacerlo, según las instrucciones que he recibido.

—Sí, por favor.

Minutos más tarde, dos documentos cambiaban de mano. Ogden se quedó con la cesión y Doniphan recibió el cheque, debidamente relleno por el joven, con la fecha del día.

—Y ahora, señor Doniphan, ¿puedo pedirle un favor?

—Si está en mi mano...

—Desearía quedarme aquí para ver de capturar al asesino.

Doniphan titubeó.

—Ya tengo dos buenos guardaespaldas...

—Dan, déjele que se quede —terció Angélica.

—Muy bien. —Doniphan suavizó su gesto—. Creo que deberíamos tomar una copa para celebrar el buen éxito de la operación.

—Nada más justo —aprobó Ogden.

CAPÍTULO XIII

LA noche era clara, estrellada. El ambiente del jardín era agradablemente perfumado.

La luna rielaba en un estanque, cuyas aguas eran constantemente agitadas por el chorrito que brotaba de la boca de un pequeño tritón, sostenido por un amorcillo. Ogden y Angélica disfrutaban de la excelente temperatura, sentados en un banco, no lejos del estanque.

—Estás muy callado —observó ella de pronto.

—Sí.

—Piensas en el asesino, en Slaughter, claro.

—Más que nada, pienso en los motivos.

—La venganza, ¿no lo hemos determinado así?

Ogden hizo un gesto ambiguo.

—Cuando vuelva a Balton Harbour, comprobaré una cosa —dijo.

—¿Puedo saber qué es? —preguntó ella.

—Por el momento, no, porque sólo lo considero como una posibilidad y, a decir verdad, bastante remota —respondió Ogden—. Pero no tardarás en saberlo, porque hay veces en que sospecho que, aun siendo la venganza el principal motivo de estos asesinatos, también hay otro muy interesante: el beneficio económico.

—Hay ocasiones en que se dice que es factible combinar el amor con el placer. En este caso, se trata de combinar venganza con placer..., placer de recibir un saneado beneficio, ¿no es eso lo que quieres decir?

—Efectivamente —corroboró Ogden.

—Pero, en los casos de Sylvia y Tonkgesen, el dinero ya había

sido entregado. ¿Dónde está el beneficio?

—¿Han sido cobrados esos dos cheques?

Angélica lanzó una exclamación de asombro.

—Es verdad —dijo.

—El cheque de Sylvia se lo llevó el asesino; lo sé positivamente. Ignoro qué ha sido del de Tonkgson, pero si murió la misma noche en que yo se lo entregué, ya no podrá cobrarse.

—Comprendo. Sin embargo, todavía queda el cheque de Doniphan.

—Lo tiene en su caja fuerte privada. Mañana lo llevará al Banco.

Un hombre pasó de pronto por delante de ellos.

—*Buona notte* —saludó correctamente.

—Buenas noches —contestaron Ogden y Angélica a dúo.

Cuando el hombre se hubo alejado, Ogden, en voz baja, preguntó:

—¿Quién es, Angie?

—Gino Jacopetti, uno de los guardaespaldas de Doniphan. De cuando en cuando, se dan una vuelta por el jardín.

—Hay un jardinero...

—Es ya viejo y, además, duerme en el departamento de la servidumbre. Doniphan no ha querido recargar su servicio con un turno de vigilancia nocturna.

—Comprendo.

Ogden encendió un cigarrillo. Angélica se lo quitó, apenas hubo aspirado la primera bocanada de humo.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo él.

—Lo que quieras —accedió la chica.

—Angie..., ¿qué hay de la estatua para la cual vas a posar?

Ella lanzó una suave carcajada.

—No seas tonto —contestó—. Era broma.

—Hay un pedestal vacío...

—Sí, pero yo no posaré para el escultor.

—Lo dijiste tan convencida...

—Tenía ganas de reírme un poco, Pop.

—Y... ¿qué hay acerca de tu pretendiente Doniphan?

Angélica, que tenía los codos apoyados en el respaldo del banco, se volvió y le miró maliciosamente.

—¿Te he preguntado yo algo acerca de lo que pudo haber entre

tú y Sylvia Koslar?

—Está bien —rezongó Ogden—. Retiro la pregunta.

—¿Celoso?

—Mal puedo sentir celos, cuando no estoy enamorado de ti.

—¡Hum! Yo no lo aseguraría tanto, Pop.

—Pues no, no te envanezcas, porque no siento por ti otra cosa que una buena amistad.

—Algo es algo —dijo Angélica con sorna.

—Además, en cuanto regresemos a Estados Unidos, tú volverás a adornar el jardín de Kepford.

—Quizá no —respondió ella.

—¿No?

—Creo que voy a dar por terminadas mis relaciones con él.

—Bueno, pero aún no sé qué clase de relaciones eran.

—Adornaba el jardín, tú lo has dicho.

Ogden emitió un bufido.

—Está bien, no te preguntaré más, comisario político —dijo de mal talante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Angélica, sorprendida.

—Simplemente, que Kepford te ha enviado a Europa para supervisar mis acciones y emitir un informe detallado de todo lo que hago.

—¿Te importa?

—Me desagrada.

—Extraño —comentó Angélica burlonamente—. Sobre todo, si se piensa que cobraste por adelantado.

—Eso no tiene nada que ver. Ni siquiera he hablado con mi Banco y, por lo tanto, aún no sé si han hecho efectivo el cheque de cien mil dólares que me entregó Kepford.

—¿Dudas de su firma?

—Cuando regrese a Balton Harbour te lo diré.

Un hombre se acercaba calmadamente por el sendero. Al pasar junto a ellos, Gino, sonriendo, dijo:

—*Una notte calda, perfumata, meravigliosa per l'amore.*

—Sí, Gino —contestó Angélica, riendo suavemente.

El vigilante se alejó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ogden, cuyos conocimientos de italiano eran nulos.

—Que soy muy bella, que tú eres un tipo arrogante y que haremos una buena pareja cuando nos casemos, y que tendremos ocho o diez hijos.

—¡Demonios! —respingó Ogden.

—No ha dicho demonios, ha dicho hijos —rio ella, argentinamente.

De repente, se oyó a cierta distancia y, por lo mismo, notablemente atenuado, el rugido de un motor que aceleraba con cierta violencia. Un par de segundos más tarde, se escuchó el chillido de unas gomas cuando el coche tomó una curva a toda velocidad.

—¿Qué es eso? —se alarmó Angélica.

El ruido del automóvil cesó a los pocos segundos. Ogden, repentinamente preocupado, frunció el ceño.

De pronto, invadido por una horrible sospecha, se puso en pie y echó a correr hacia la puerta del jardín. Al llegar junto a la verja, la vio a medio abrir, sin la menor señal de violencia.

Angélica llegó a su lado, jadeante y asustada.

—¡Pop! ¿Qué sucede? —preguntó.

—¿Sabes si el jardinero cerraba la verja con llave? —preguntó él.

—Es de suponer...

Ogden trató de recordar el camino seguido por Gino.

—Me parece que nos la han dado con queso. Vamos a la casa, Angie —exclamó.

Echaron a correr. Ogden, más rápido, adelantó fácilmente a la muchacha. Cruzaron el vestíbulo y llegaron al salón principal.

Un extraño gruñido llegó a oídos del joven. Procedía de un enorme diván, el que apartó casi de un manotón.

Al otro lado vio un cuerpo humano. Era uno de los guardianes, atado y amordazado.

Ogden le quitó la mordaza. Vio un rostro delgado, pero no huesudo, unos ojos coléricos y un frondoso bigote.

Detrás de él, Angélica lanzó un chillido:

—¡Gino!

Ogden se volvió vivamente.

—Entonces, ¿quién diablos es el que nos saludó por dos veces en el jardín? —preguntó, desconcertado.

—Bueno, estábamos a oscuras... A mí me pareció... Hubiera jurado que era Gino.

Ogden se inclinó sobre el guardaespaldas y empezó a desatarlo.

—¿Dónde está su compañero? —preguntó.

Gino no entendía el inglés. Fue Angélica la que tuvo que hacer las preguntas, traduciéndolas al italiano.

—Aldo está en su dormitorio, arriba, en el primer piso —respondió Gino—. Yo tenía el primer turno...

—Y le sorprendió un desconocido —adivinó Ogden.

—Sí —confirmó Gino, tras la correspondiente traducción—. Me golpeó y me hizo perder el sentido.

—Pero ¿cómo pudo hacer para parecerse tanto a Gino? —exclamó la muchacha, perpleja.

—Eso es lo de menos ahora —respondió Ogden—. El caso es que ha actuado con singular astucia y no menor sangre fría y, diciéndolo con toda crudeza, se ha burlado de nosotros como ha querido.

Angélica empezó a temblar.

—Pop, temo por...

Ogden meneó la cabeza.

—A decir verdad, creo que ya no hay nada que temer. Sólo se teme por los vivos, Angie —dijo.

Ella comprendió el sentido de aquellas palabras y se estremeció. Gino, aunque aturdido, era capaz de reaccionar y les guio hasta el dormitorio de Doniphan.

Lo primero que vio Ogden fue una caja fuerte, empotrada en la pared, abierta de par en par y algunos papeles esparcidos por el suelo. En la cama, Doniphan parecía dormir apaciblemente.

Pero era sólo una ilusión. Pronto pudieron comprobar la muerte del dueño de la casa.

El diminuto agujerito que Doniphan tenía en el pecho, a la altura del corazón, no dejaba el menor resquicio a la esperanza.

* * *

Angélica se sentía terriblemente perpleja.

—Pero ¿cómo pudo...?

—Yo he elaborado una hipótesis y, modestamente, creo que con bastantes visos de veracidad —manifestó Ogden.

—Bien, hable —pidió ella, todavía muy nerviosa.

—Slaughter es muy listo; es preciso que contemos con ello en todo momento. Supone que Doniphan conoce ya las muertes de los otros cuatro socios de la Hexastar y calcula que, lógicamente, se proporcionará alguna escolta. Un prudente plazo de observación le habrá confirmado sus suposiciones y habrá visto a Doniphan y a los dos guardaespaldas contratados.

—¿Cómo los ha visto?

Ogden señaló una pequeña loma, cubierta por pinos, a menos de trescientos metros de distancia.

—Desde allí —contestó—. Y por la noche, se habrá acercado para atisbar por la reja o por encima del borde de la tapia.

—¿Y después?

—Es bien sencillo: unas hombreras de guata en su chaqueta y un bigote postizo, por la noche, le permitieron hacerse pasar ante nosotros por Gino.

—Pero la verja...

—Mujer, una ganzúa.

—Sí, es cierto. Entonces, entró...

—Recuerde que el supuesto Gino nos saludó marchando en dirección a la esquina norte de la casa. Sorprendió al auténtico Gino, le dejó sin conocimiento y, tras atarle y amordazarle, buscó el dormitorio de Doniphan, al que mató en primer lugar. Luego abrió la caja y se llevó el cheque.

—Y después pasó por delante de nosotros, como si continuase haciendo su ronda, nocturna, con gran sangre fría, todo hay que reconocerlo.

Angélica suspiró.

—Un sujeto diabólicamente infernal —dijo—. Pero ¿quién es?

—Slaughter —contestó Ogden.

—Imposible. Ambos hemos hablado con él por teléfono.

—Lo comprobaré a mi regreso, Angie.

—¿Cuándo piensa volver, Pop?

—En cuanto me lo permita la policía romana —respondió Ogden decididamente.

Angélica hizo un gesto de asentimiento.

—Yo también regresaré a Balton Harbour —dijo.

—Y... ¿dimitirá?

—Sí, Pop.

CAPÍTULO XIV

Lo primero que hizo Ogden al llegar a Balton Harbour fue ponerse en contacto con Kepford.

—Ya estoy en casa, señor —dijo.

—Lo celebro, muchacho. ¿Tuvo éxito?

—A medias solamente. Bueno, quiero decir que conseguí las cinco firmas y que, por lo tanto, la Hexastar es suya.

Kepford lanzó una carcajada de satisfacción.

—Creo que hice bien al confiar en usted —dijo—. Por tanto, no puede hablar de éxito a medias, sino de éxito completo.

—Han muerto cinco personas —manifestó Ogden—. Ese es el fracaso.

—¿Lo dice porque no ha podido evitar esos asesinatos? Muchacho, su misión era muy distinta. Consiguió las firmas y entregó los cheques, ¿no?

—En efecto, señor.

—Entonces, no se preocupe. Usted no tiene por qué sentir remordimientos de algo de lo que no tiene la menor culpa. ¿Cuándo va a venir a verme?

—Mañana, tal vez pasado. Le enviaré los documentos por correo.

—No, podrían perderse. Ya enviaré yo un mensajero especial a recogerlos.

—¿Slaughter?

—Tiene bastante trabajo. Irá otro. Se llama Link Sarraut.

—Está bien, señor.

—Pop, gracias. Podría decir más, pero creo que eso es suficiente.

Sin embargo, no debe olvidar que, a partir de ahora, tiene un buen puesto en la Hexastar.

—Sí, señor.

Ogden volvió el teléfono a la horquilla. Angélica llamó a los pocos minutos.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó.

—Bien, por ahora.

—¿Te veré hoy?

—No puedo decir nada. Tengo trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Curiosa —rio él—. En todo caso, llámame a la noche.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, Ogden salió a la calle. Las pesquisas y gestiones que realizó le llevaron todo el día.

Al anochecer regresó a su casa.

Todo estaba en orden, pero había señales indudables de que había estado alguien ajeno y que había registrado minuciosamente el departamento. Al terminar, había procurado dejar todo en orden, aunque era evidente que se le habían pasado por alto algunos detalles.

Ogden sonrió, mientras se preparaba una copa. A los pocos momentos, sonó el teléfono.

Era Angélica.

—¿Qué me dices? —preguntó la muchacha.

—¿Por qué no vienes a buscarme mañana?

—¿He de ir yo? ¿No puedes venir tú?

—No.

—Está bien. ¿Hora?

—Por la tarde, a las dos, aproximadamente.

—De acuerdo. ¿Y después?

—Iremos a visitar a Kepford. Supongo que le presentarás la dimisión.

—Ya lo he hecho hoy por teléfono. Pop.

—¿Qué te ha dicho él?

—Se lo ha tomado con bastante filosofía. Buscará a otra, supongo.

—Sí, parece lógico. Buenas noches, Angie.

—Buenas noches, Pop.

A continuación, Ogden se quitó la chaqueta. Trabajó todavía unos minutos y luego se dirigió al dormitorio.

Transcurrieron varias horas. Ogden dormitaba cuando, de pronto, sintió un leve cosquilleo en la mejilla.

La alarma que había instalado, un hilo eléctrico a muy baja tensión, en un simple interruptor que funcionaba al abrirse la puerta del departamento, funcionaba a la perfección. El terminal del hilo estaba sujeto a la muñeca de Ogden por medio de un esparadrapo, que arrancó suavemente, de un tirón.

Alguien apareció en la puerta del dormitorio segundos más tarde. En la penumbra —entraba luz proveniente de la calle—, el intruso apuntó con la pistola a la cama.

La pistola tenía silenciador. Hicieron más ruido las vainas vacías al caer sobre el pavimento que los propios disparos.

La habitación se llenó de un olor acre, pestilente. Al terminar el cargador, el desconocido dio media vuelta y se marchó con el mismo sigilo que había empleado la llegada.

Transcurrieron unos minutos. Ogden apareció en el dormitorio, frotándose las muñecas. Recogió el artificio que había utilizado para permanecer suspendido en el vacío, al otro lado del borde de la terraza, y sonrió en silencio.

Dos ganchos y dos cuerdas, unidas por la parte inferior a una especie de estribo hecho de una tabla gruesa sólida, habían formado un pequeño andamio, que le había servido para esconderse tras el parapeto de la terraza de su dormitorio. Desde allí, asomando apenas los ojos, había presenciado su propio «asesinato».

Cerró cuidadosamente las cortinas. Encendió la luz y contempló el maniquí que había ocupado su puesto.

Había una gran cantidad de «sangre» esparcida por las ropas de la cama. Ogden había preparado la escena con el mayor realismo posible.

Ahora estaba muerto. Bien, se dijo, los vivos no se preocupan ya de los muertos y, salvo los que creen en fantasmas, no esperan su visita.

* * *

Angélica entró en el piso y vio a Ogden tendido en el diván, durmiendo a pierna suelta.

—¡Perezoso! —le apostrofó.

Ogden abrió los ojos.

—Hola, guapa —saludó.

—Me dijiste que a las dos estarías listo...

—Lo siento, me acosté muy tarde.

—¿Mucho?

—Era ya de día, Angie. Dispensa, voy a cambiarme de ropa.

Ogden abandonó la sala y abrió la puerta de su dormitorio.

Angélica vio la cama y lanzó un chillido.

—¡Pop! ¡Hay un cadáver!

Ogden se echó a reír.

—Es un maniquí —dijo.

Angélica volvió la cara y le miró atónita.

—La cama está llena de sangre...

—Pintura roja. Si quería fingir mi muerte, tenía que hacerlo con el mayor realismo posible.

—Pero... no entiendo, Pop. ¿Quieres explicarme, por favor?

—Sabía que intentarían quitarme de en medio. Consecuentemente, preparé un maniquí y puse en su interior varias bolsas de goma, bien llenas de líquido rojo, a fin de que saliera con cierta presión al ser agujereadas por las balas. No había mucha luz en el dormitorio cuando disparó el asesino, ya que sólo entraba la de la calle, pero fue suficiente para engañarle. El tipo gastó ocho balas en asegurarse de que me dejaba frío.

—¿Cómo supiste que te iban a asesinar? —preguntó Angélica.

Ogden se encaminó hacia el baño.

—Estaré listo dentro de diez minutos —eludió una respuesta concreta—. Ve a la cocina y prepara café mientras tanto.

Angélica obedeció y puso la cafetera al fuego. Mientras el agua se calentaba, se acercó al baño y entreabrió la puerta.

—Pop —gritó, para hacerse oír por encima del ruido de la ducha—, ¿cómo es que has dejado el maniquí en la cama? ¿Por qué no has limpiado...?

—No tuve tiempo. Después de mi «asesinato» salí de casa y no he vuelto hasta que fue de día. Ya me dedicaré más tarde a una buena sesión de limpieza.

Angélica se dio satisfecha con la respuesta. Cuando Ogden, ya vestido, llegó a la cocina, el café estaba preparado.

Tomaron sendas tazas. Al terminar, Ogden miró a la muchacha y

sonrió:

—¿Lista, Angie? —preguntó.

—Me tiemblan las piernas. Presiento que voy a presenciar el acto final del drama..., pero iré, a pesar de todo —respondió ella.

Ogden se inclinó para besarla en una mejilla.

—Chica valiente —elogió.

* * *

Angélica se quedó parada cuando vio el procedimiento que Ogden pensaba emplear para entrar en Kepford House. Habían detenido el coche a buena distancia de la casa y luego, dando un gran rodeo a pie, se habían acercado por la parte posterior.

La escala de cuerda les sirvió para salvar la alta tapia. Ogden ayudó a la muchacha a realizar un ejercicio al que, evidentemente, no estaba acostumbrada.

Angélica respiró aliviada al poner el pie en el suelo del jardín. Fue a decir algo, pero Ogden la recomendó silencio.

Avanzaron cautelosamente y dieron la vuelta a la casa. Kepford estaba en la terraza, hojeando unos documentos. Junto a él se hallaba un hombre alto y delgado, como aguardando a que Kepford terminase su lectura.

Ogden apareció de pronto en la terraza. Por consejo suyo, Angélica quedó escondida.

—Hola —saludó Ogden desenvueltamente.

La sorpresa de Kepford y del individuo fue enorme. Ogden llegó a creer que a Kepford se le caería la mandíbula.

—Estoy vivo —sonrió.

Kepford frunció el ceño.

—No entiendo —dijo.

—Está bien claro —contestó Ogden—. Ese tipo que tiene al lado, Sarraut, fue por la tarde a mi casa y se llevó los documentos de cesión, firmados por los socios de la Hexastar. ¿Me equivoco?

Hubo un momento de silencio. Luego, Kepford dijo:

—Me parece que aquí hay un error, Ogden.

—Sí, pero no mío. En todo caso, de Slaughter y de su hermano Lirik, nada de Sarraut. Link Slaughter, hermanos ambos de Fred, un frustrado socio de la Hexastar y que murió asesinado hace un par de años, cuando amenazó con revelar los turbios negocios a que se dedicaba esa compañía naviera.

Algo cayó al suelo, a los pies de Link Slaughter. El individuo contempló con enorme asombro la máscara que tan fielmente reproducía las facciones de su hermano.

—¿De dónde ha sacado esto? —rugió.

—De su habitación, naturalmente. Lo encontré esta madrugada, después de que usted creyera haberme acribillado a balazos. Con esa máscara, se hacía pasar por su hermano para cometer los asesinatos, salvo uno en que le pareció más cómodo, para despistar, hacer que fuese otro el autor del crimen. Me refiero a Farmand, naturalmente. Pero todos los demás fueron ejecutados por usted, incluyendo el asesinato de Vrijkies, cuando fue a su granja a recoger el importe de su «trabajo», en lugar del cual recibió una bala en el pecho.

—Eso no lo sabía yo —dijo Kepford.

Ogden sonrió.

—Ya lo sabe —contestó—. Por cierto, en Londres se hizo pasar por Robert Mac Kail, aunque esto tiene relativa importancia. A propósito, ¿averiguó quién había instalado el sistema de escucha en su casa?

Kepford guardó silencio.

—Debió de ser un tal Albany, el cual vino a comprarme las cartas —continuó Ogden—. Usted lo averiguó y lo hizo asesinar. Albany, por lo visto, también iba tras el control de la Hexastar y por ello había infiltrado a dos agentes suyos en la casa: el criado Shong y el guarda. Pero esto, en realidad, tampoco tiene excesiva importancia.

—Entonces, ¿qué es lo que tiene importancia? —preguntó Kepford de mal talante.

—La Hexastar, su flota naviera... y el contrabando de armas —respondió Ogden, tajante.

—Es una buena compañía naviera. Dispone de una docena de barcos. Produce un magnífico rendimiento, sin necesidad de negocios sucios.

—Menos cuando bajan las acciones, porque bajan los fletes y tres o cuatro barcos quedan amarrados en puerto. Un barco amarrado siempre representa un gasto elevado, que es muy difícil de soportar. Pero contrabandeando armas, se gana mucho y se gasta poco.

—Sabe mucho —dijo Kepford, admirado a su pesar.

—Es mi oficio —sonrió Ogden—. Meter las narices en todas partes, sobre todo cuando a uno le pagan cien mil dólares por una gestión de escasa importancia.

—Yo no di órdenes de matar a los cinco socios de la Hexastar —aseguró Kepford.

—Lo admito.

—Entonces, ¿de qué me acusa?

—¿Le he acusado todavía de algo? —sonrió el joven—. Cuatro hombres y una mujer han muerto, tres de ellos después de firmar la cesión de su parte en la Hexastar. En realidad, la naviera les importaba poco, salvo por los beneficios que pudiera producir al contrabandear armas. Por eso vivían en sitios tan dispares como Bruselas, Berlín, Londres, Estocolmo y Roma, es decir, ciudades donde podían, merced a sus contactos, conseguir cargamentos de armas que, no es preciso decirlo, siempre encontrarían comprador y, además, dispuesto a pagar un buen precio en monedas fuertes. Usted quería el control de la compañía y lo consiguió, aunque no patrocinara esos cinco asesinatos.

—No tengo el control completo; falta el sexto socio...

—Ya aparecerá —sonrió Ogden—. Pero le diré algo interesante: sabía que iban a cometerse esos asesinatos. Ah, le diré otra cosa: mi Banco rechazó siempre toda tentativa de ingresar algún cheque de cuatro millones en mi cuenta corriente; tenía órdenes estrictas al respecto, es decir, no aceptar un solo ingreso sin mi autorización personal.

—Pero no veo qué relación tiene eso con lo ocurrido.

—Simplemente, complicarme en unos asesinatos que yo no he cometido. Una investigación judicial habría probado que yo me había lucrado con algunos millones, cosa que he evitado con esa orden oportuna. Ni siquiera aceptaré los cien mil dólares que me entregó. Me basta con haber cubierto gastos.

Ogden sacó del bolsillo un rectángulo de papel y lo convirtió en minúsculos pedazos, que cayeron revoloteando al suelo.

—Aún me quedan tres o cuatro mil, de los diez mil que me dio para gastos —añadió.

—Está loco —resopló Kepford.

—No, ni mucho menos; simplemente, no quiero que me mezclen

con cinco asesinatos, sin contar el de Vrijkies y el de Albany.

—Yo no sabía que se iban a cometer...

—Lo sabía —afirmó Ogden rotundamente—. Gary Slaughter es su secretario, hombre que, lógicamente, conocía muchas cosas, entre ellas las pesquisas que hizo para localizar a los cinco socios secretos de la Hexastar. Así se enteró de la muerte de su hermano Fred y entonces fue cuando envió a Link para que, tomando su puesto, a fin de despistar, pero también de probar coartadas, liquidase a cinco personas.

—¿Quién asesinó a mi hermano? —gritó Link.

Ogden alzó una mano.

—Calma, por favor —rogó—. Todavía no he terminado.

Miró a Kepford.

—Insisto en que usted sabía que esas cinco personas iban a ser asesinadas. No me diga que ignoraba la ausencia de Link, quien, sí se quedó con tres cheques de cuatro millones cada uno, porque yo le envié los otros dos, no los pudo cobrar, ya que usted había dado orden al Banco de que no los pagasen. Consiguió parte de los documentos de cesión por un gasto mínimo y eso es lo que buscaba, además de quitar de en medio cinco bocas posiblemente comprometedoras. En dos de los documentos, se falsifica la firma y ya está, con lo que se corrigen las impaciencias de Link, al matar a dos antes de hora.

Kepford apoyó la barbilla en una mano y miró fijamente al joven.

—Es usted muy listo, demasiado listo —dijo—. Sin duda conocerá el nombre del sexto socio de la Hexastar.

—Desde luego. Figuraba en la carpeta privada de Koslar, cuya viuda era la heredera de todos sus bienes. Esa carpeta me fue arrebatada por el asesino de la señora Koslar. Pero usted no la tiene, ¿verdad?

Kepford frunció el ceño.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Quizá Link pueda decírselo. O tal vez su hermano Gary.

—¿Link? —dijo Kepford.

—No sé nada —respondió hoscamente el aludido—. Pero lo que quiero saber es quién mató a mi hermano.

—¿Por qué ha matado usted a cinco personas?

—Fueron ellos los asesinos —dijo Link.

—Por sugerencia del sexto socio de la Hexastar, cuando se enteraron de que, diciéndolo con palabras vulgares, Fred se disponía a tirar de la manta, al no poder entrar en la sociedad. Link, ¿es que no conoce usted el nombre del sexto socio, después de haber leído la carpeta de Koslar?

—El nombre de Kepford figuraba allí, en efecto, pero no mencionaba a mi hermano para nada.

—Era un nombre que no tenía por qué figurar en unos documentos de negocios. Pero usted no conversó con Sylvia Koslar.

—Y ella le dijo...

—Sí.

Hubo un momento de silencio. De repente, Gary apareció en la puerta de la terraza.

—¡Link, mátalos!

Se oyó un rugido de furia. Link se arrojó contra Kepford, al mismo tiempo que éste sacaba un revólver.

El punzón penetró profundamente en el cuello de Kepford. Simultáneamente, se oyeron dos disparos.

Link saltó hacia atrás, despedido por el impacto de las balas. Kepford se había puesto en pie y gemía horrorosamente, a la vez que se agarraba el cuello con ambas manos. De pronto cayó y se revolcó sobre las losas, pateando convulsivamente.

Gary, atónito, se movió de pronto. Ogden lo encañonó con su revólver.

—Quieto —dijo—. La policía está a punto de llegar. Usted tiene mucho que declarar, si quiere salvar el pellejo.

Los movimientos de Kepford se hacían cada vez más lentos. Ogden lo contempló unos instantes y meneó la cabeza.

—¡Cuántos inocentes habrán muerto por su culpa! —murmuró, pensando en las armas que seis desaprensivos habían vendido a los mercaderes de la muerte.

* * *

La canoa se deslizaba suavemente por las aguas del puerto. Se oyó la sirena de un barco.

Ogden, al timón, y Angélica, tumbada al sol sobre la pequeña cubierta de la embarcación, se volvieron para ver el barco que entraba en el puerto. Rodeando a la chimenea, negra, se veía una

faja blanca, con un círculo rojo, en cuyo interior, formando hexágono, había seis estrellas de oro.

—Es un buque de la Hexastar —dijo ella lánguidamente.

De pronto, se puso en pie y agitó frenéticamente la mano. Alguien saludó desde el puente del barco. La sirena tocó tres veces.

—¡Es el Shardwoon y lo manda mi padre! —gritó ella, alborozada.

—Vaya, eso no lo sabía yo —dijo Ogden.

—¿Por qué te crees que te seguí todo el tiempo en Europa? —exclamó Angélica.

—Entonces, ¿no te mandó Kepford...?

—No, tonto. Mi padre, hace tiempo, me había comunicado sus sospechas sobre el contrabando de armas. Hace tiempo le insinuaron algo, pero, con mucha diplomacia, dio a entender que él no aceptaría jamás prestarse a un asunto semejante.

—Entonces, estabas con Kepford...

—Para ver qué sacaba en limpio, Pop.

—Pero yo siempre pensé...

—Pensaste mal. A Kepford le gustaba tener siempre una muchacha hermosa en su casa; decía que eso facilitaba muchas veces sus operaciones mercantiles. Como conocía a mí padre, me lo pidió y yo, qué más podía querer, acepté en el acto.

Ogden contempló a la muchacha especulativamente. Vestida con dos breves piezas de color azul muy claro, parecía una diosa.

—Lástima no ser escultor —suspiró.

Angélica sonrió.

—Me conformo con que seas Pop Ogden —dijo.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España